



Brigitte EN ACCION

Lou Carrigan

Los héroes de Napodimonte

El periodista americano, James Mattews, acude a una cita con alguien que le ha ofrecido información. Pero en lugar de la información, es asesinado.

Pero resulta que Mattews es, además de periodista, un agente de la CIA, por lo que no tarda en tomar cartas en el asunto la agente Baby.



Lou Carrigan

Los héroes de Napodimonte

Brigitte en acción - 237

Archivo Secreto - 192

ePub r1.1

Titivillus 18.12.2020

Lou Carrigan, 1977
Diseño de cubierta: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1





ARCHIVO SECRETO

Brigitte EN ACCION



Preludio en Nápoles

James Mattews llegó a la cita, en los Jardines Botánicos de Via Foria, quizá tres o cuatro minutos más tarde de la hora convenida, por un motivo muy simple y vulgar: dificultad en encontrar un estacionamiento para su coche.

Sin embargo, no sentía preocupación alguna. A fin de cuentas, tres o cuatro minutos no significan nada cuando se tiene algo importante que decir. Algo que prometía ser muy, muy interesante. Por supuesto, referente a una historia ya vieja, pero, a veces, las viejas historias tienen méritos más que sobrados para aparecer, quizá, en las primeras páginas de los periódicos.

Esto era, en resumen, lo que había dicho el desconocido comunicante de James Mattews cuando le había llamado a su piso por teléfono, el día anterior, por la noche. Se habían citado para la tarde siguiente en los Jardines Botánicos, y, para que James Mattews pudiese identificar a su comunicante, éste le había dicho que llevaría en la mano derecha un ejemplar de la revista *Il Napolitano*, en la cual colaboraba muy asiduamente el periodista americano, que era, al mismo tiempo, uno de los corresponsales del periódico norteamericano *Washington Post* en Italia.

—Concédame esa entrevista —había pedido el desconocido—, y no se arrepentirá de haberlo hecho cuando escuche la historia de los héroes de Napodimonte. Usted puede convertirse en uno de los periodistas más famosos del mundo si publica esa historia, señor Mattews.

—Le agradezco mucho esta preferencia, señor… señor…

El comunicante telefónico había quedado silencioso unos segundos de más, antes de contestar:

—Le diré mi nombre mañana. Estoy dispuesto a decírselo absolutamente todo, sobre los héroes de Napodimonte.

—Bien… No tengo inconveniente en escucharle, desde luego. ¿Dónde quiere que nos veamos?

—En los Jardines Botánicos sería un buen lugar. ¿Le parece bien a usted?

—Es un bonito lugar —había sonreído James Mattews—. ¿Me conoce usted? Quiero decir, físicamente.

—No.

—Pues vamos a tener algunas dificultades en identificarnos el uno al otro, señor. Me pregunto cómo lo haremos, y también me pregunto por qué me ha elegido usted a mí, si no me conoce. No dudo que, en Nápoles, y no digamos en toda Italia, deben haber periodistas compatriotas de usted tan capacitados como yo para escribir una historia interesante.

—Los hay, por supuesto.

—Y usted es italiano… ¿Verdad?

—Si. Soy italiano.

—Entonces, insisto en que no comprendo por qué me ha elegido a mí para convertirme en uno de los periodistas más famosos del mundo.

—Precisamente, por ser americano. Hace ya tiempo que leo sus artículos en *II Napolitano*, y debo decirle que me gustan mucho. Lo considero a usted un buen periodista, señor Mattews. Tiene que serlo, sin duda, puesto que también es corresponsal del *Washington Post*. Y ahí es precisamente adonde yo quería ira a parar. Me gustaría que la historia que voy a contarle fuese publicada, también, por ese periódico.

—No puedo asegurarle eso. Mi editor…

—Su editor le quitará la historia de las manos, señor Mattews, no lo dude. Mi mayor interés consiste en que la historia tenga la mayor difusión posible… Claro está que, en cuanto aparezca en un periódico, todos los demás se harán eco de ella.

—Está bien. ¿Cómo resolvemos lo de la cita?

—Mañana, a las seis de la tarde, en los Jardines Botánicos, entrando por Via Foria. Yo llevaré un ejemplar de *Il Napolitano*, y usted haga lo mismo. De este modo, no tendremos dificultad en identificarnos. ¿Le parece bien?

En el saloncito que le servía de despacho en su piso de Corso Vittorio, James Mattews había sonreído secamente.

—Me parece bien —había aceptado—. Mañana, a las seis de la tarde, en los Jardines Botánicos, con un ejemplar de *Il Napolitano*.

—Gracias, señor Mattews. No se arrepentirá.

—Eso espero. Hasta mañana.

—Hasta mañana.

Ya era mañana. Eran las seis y cinco minutos de la tarde, que oscurecía rápidamente, cuando James Mattews entró en los Jardines Botánicos…, sin el ejemplar de *Il Napolitano* en una mano. A decir verdad, James Mattews no estaba demasiado tranquilo interiormente. Exteriormente, parecía un paseante más, que no sentía interés especial por lo que sucediese a su alrededor.

Pero, muy pronto vio al hombre que, en la mano derecha, llevaba un ejemplar de *Il Napolitano*, y que paseaba con gran tranquilidad, como él mismo. Desde cierta distancia, lo estuvo observando un par de minutos. Era un hombre de unos cincuenta años, correctamente vestido, de aspecto acomodado, con abundantes canas en su espesa cabellera. No era muy alto, ni parecía fuerte. Tampoco parecía peligroso. Aunque esto, claro, no significaba nada.

Durante aquel par de minutos, Mattews estuvo vacilando, pensando que quizá era ya el momento de sacar su ejemplar de debajo de la gabardina y acercarse al hombre. ¿Por qué no podía ser cierto que tenía una interesante historia sobre aquellos héroes de Napodimonte?

Aquella misma tarde, James Mattews había entregado al director de la revista uno de sus artículos, que le habían dado cierto prestigio en Italia. Si aquel hombre se hubiese sincerado con él la noche anterior, podría haber presentado ya la historia de los héroes de Napodimonte, pero, en fin, había hecho lo único que había podido…

Se decidió de pronto.

Fue hacia el hombre, se detuvo ante él, y sacó el paquete de cigarrillos.

—Perdón… ¿Podría darme fuego, por favor?

—Con mucho gusto —replicó el otro.

Lo hizo, utilizando un encendedor de plata. Mattews expelió el humo, y sonrió expectante.

—¿Le gusta a usted *Il Napolitano*, señor? —preguntó.

—Así es —el hombre le miró con nuevo interés—. Es mi revista favorita.

—Qué casualidad —murmuró Mattews—. También es mi revista favorita. Precisamente, llevo una en el bolsillo interior de la gabardina.

—¿Señor Mattews?

—En efecto.

El otro se guardó la revista en un bolsillo, y tendió su mano derecha, que James Mattews aceptó. La encontró un tanto rígida, y muy fría. Al mismo tiempo, comprendía qué era lo que no le gustaba de aquel encuentro… Pero, también al mismo tiempo, el otro sacaba del bolsillo interior derecho, con la mano izquierda, una pistola con silenciador, que apuntó inmediatamente al pecho de Mattews. Éste abrió la boca, intentó retirar su mano derecha…

Plop… Plop… Plop…

Los tres balazos estremecieron al periodista americano, que permaneció en pie, desorbitados los ojos, hasta que el otro soltó su mano. Entonces, cayó hacia atrás, como arrugándose, mientras su asesino se dirigía corriendo hacia la salida de los Jardines Botánicos.

Capítulo primero

El avión tomó felizmente en una de las pistas del aeropuerto napolitano de Capodichino, y el hombre que lo había estado observando mientras aterrizaba, asintió con la cabeza, y se dirigió a la sala de espera.

Una vez allí, se sentó en una de las butacas, y encendió un cigarrillo. Desde allí, podría ver salir a los pasajeros de aquel vuelo, cómodamente instalado… Y en efecto, poco después comenzaron a salir los pasajeros. Pero el hombre no se movió. Simplemente, los iba mirando a todos, uno a uno, con contenida curiosidad. Cuando sus ojos se fijaron en aquella mujer, hubo una cierta contracción en los párpados del hombre.

La mujer era absolutamente extraordinaria.

De buena estatura, elegante, cabellos negros y largos, suavemente ondulados, ojos grandísimos, de color azul cielo, piel dorada. La belleza de su rostro y de su cuerpo era tal que, ciertamente, no era aquel hombre el único en mirarla incrédulamente. Eran las once y media de la mañana, y la mujer de los grandiosos ojos azules llevaba un vestido adecuado al momento, de color azul pálido, sencillo, pero de una elegancia innegable, haciendo juego con sus zapatos de alto tacón. Sobre el brazo izquierdo doblado, llevaba un abrigo. En la mano derecha sostenía un maletín rojo con florecillas azules… Afuera lucía un sol muy agradable, cuyo tono parecía copiado de la piel de aquella espléndida mujer.

Por fin, el hombre pudo reaccionar. Se puso en pie, y fue directo hacia la bellísima pasajera, tras la cual iba un mozo del aeropuerto cargado con una sola maleta… Ella le miró enseguida, le estuvo mirando mientras se acercaba, y se detuvo cuando él estaba muy cerca. Dejó el maletín en el suelo, y se dispuso a ponerse el abrigo… El hombre llegó ante ella justo entonces.

—¿Me permite? —sonrió.

—¡Oh, sí, gracias!

Ambos hablaban en italiano. La pasajera aceptó la ayuda del desconocido para ponerse el abrigo, y luego se volvió hacia él, sonriendo levemente.

—Muchas gracias. Es usted muy amable, señor…

—Simón —murmuró el hombre.

Ella miró al mozo, le hizo señas para que dejase la maleta en el suelo, y le tendió un billete de diez mil liras, que el hombre contempló estupefacto. Pero, decididamente, el billete era íntegro para él, a pesar de la brevedad y comodidad de su servicio; la preciosa viajera aceptó que el hombre que la había ayudado a ponerse el abrigo se hiciese cargo de la maleta, y ambos se dirigieron a la salida.

«Nada más quisiera una como ésta, cada día», pensó el mozo, por fin.

Mientras tanto, afuera, el hombre y la mujer caminaban hacia el estacionamiento. Poco después, ambos se acomodaban en el asiento delantero de un coche, el hombre al volante, tras haber colocado la maleta en el asiento de atrás.

Dio el encendido.

—Espero —dijo la mujer— que esté usted seguro de que no le han seguido, Simón.

—No creo. He llegado de Roma esta mañana, a las nueve y cuarto, y he realizado ya las maniobras de comprobación. Estoy limpio. ¿Ha tenido buen viaje, Baby?

—No —musitó ella—. Me lo he pasado íntegro pensando en el asesinato de nuestro compañero James Mattews.

—¿James Mattews? —frunció el ceño Simón.

—Cuando ya han muerto…, ¿qué más da mencionarlos por su nombre verdadero? Ya no se les puede hacer más daño…

Simón arrancó. Salieron del estacionamiento, y poco después del aeropuerto, camino de Nápoles.

—¿Han sabido algo? —preguntó de pronto Baby.

—¿Sobre el asesinato? No. Todo lo que sabemos es lo que dicen los periódicos. Algunos testigos oculares dieron una descripción de los hechos. Por el momento, tendremos que conformarnos con eso: un par de hombres en el paseo de los Jardines Botánicos, uno de

ellos pide fuego al otro, conversan un poco… Luego, uno de ellos tiende la mano derecha, el otro la acepta. Y entonces, el que le ha dado fuego al otro saca una pistola, y le mete tres balas en el pecho mientras le sigue sujetando la mano. Luego, escapa corriendo.

—Podemos pensar que el asesino es zurdo, ¿no?

—Podría ser. Pero yo no soy zurdo, y podría matar a otra persona con la mano izquierda.

—Yo también —murmuró Baby—… ¿Ha sido mencionada la CIA? En algún periódico del país, ya sabe.

—No. Para todos, James Mattews era un periodista americano, corresponsal del *Washington Post*, que escribía con cierta frecuencia en la revista *Il Napolitano*. ¿La conoce?

—No.

—Es parecida a nuestra *playboy*, aunque con menos chicas desnudas. No está mal… Le interesará echar una ojeada a este número. Precisamente, salió ayer por la tarde.

Simón abrió la guantera, y Brigitte Montfort, alias Baby la espía más peligrosa del mundo, vio una revista. La sacó, cerró la guantera, y hojeó la revista. En efecto, había alguna chica desnuda, pero no parecía que aquello fuese la base del interés del público por *Il Napolitano*, considerando que había muchísimas revistas especializadas en aquella clase de publicaciones.

—¿Qué tiene de interesante este número? —preguntó.

—Hay un artículo de James Mattews.

—Según tengo entendido, en todos los números publican algún artículo suyo.

—Sí… ¿No le han dicho en Washington que esos artículos sirven para pasar información, con determinada clave?

—No he estado en Washington. Mi jefe de Sector fue a verme, me dijo que habían asesinado a un Simón en Nápoles, y simplemente, me fui al Kennedy a tomar el primer avión para Europa. Por supuesto, mi jefe debía encargarse de que me recibiese alguien que estuviese en condiciones de ponerme al corriente de cómo están las cosas en Nápoles. Y ese alguien, es usted, ¿no?

—Para los asuntos directamente relacionados con Nápoles, yo tendré que consultar a un par de colaboradores de aquí. De momento, los hemos puesto *en conserva*. Si han matado a Mattews, podrían pretender matarlos también a ellos.

—¿Por qué?

Simón frunció el ceño. Se rascó una ceja, volvió a sujetar el volante, y acabó por mover la cabeza con gesto dubitativo.

—No lo sé con seguridad. Bueno, es cierto que Mattews recibía periódicamente informaciones procedentes de Hungría, Checoslovaquia, Bulgaria, Polonia…, e incluso de la misma Rusia. Esas informaciones las enviaba directamente a Washington utilizando sus artículos de corresponsalía, utilizando una clave, naturalmente. Cabe la posibilidad de que, finalmente, los rusos lo hayan descubierto. ¿Usted qué opina?

—La posibilidad de que los rusos lo hayan descubierto no me parece descabellada —admitió Brigitte Montfort—. Siempre hay fallos, traidores, filtraciones… Pero a mí no me parece que esto sea cosa de los rusos. Si ellos hubiesen descubierto a Mattews, no le habrían matado…, al menos, tan pronto. Lo razonable, conociendo como conozco a los rusos, habría sido citar a Mattews en un sitio mucho más discreto que unos jardines donde siempre suele haber gente…

—¿Cree que Mattews acudió allí citado por alguien?

—Me parece evidente. No olvidemos que se acercó a otro hombre, le pidió fuego para su cigarrillo, y luego el otro le tendió la mano… Naturalmente, para impedirle a Mattews sacar la pistola mientras sacaba él la suya con la mano izquierda. Sí, fue una cita. Pero, ¿usted cree que Mattews hubiese acudido a una cita con un ruso?

—Puede ser.

Baby frunció el ceño un instante.

—Sí… Podría ser. Pero yo digo que aquel hombre no era ruso, ni tenía nada que ver con la MVD. De haber sido así, habrían citado a Mattews en otro sito, mucho más discreto, y lo habrían capturado, para obligarle a decir todo cuanto supiese de su red de informadores tras el Telón de Acero. Por otra parte, debemos suponerle a nuestro asesinado compañero un mínimo de inteligencia, y sobre todo, de prudencia, de cautela. Él sabía que estaba manejando información referente a los rusos y sus amigos, así que, el simple hecho de una cita con un ruso, le hubiese hecho desconfiar, y tomar precauciones, cuando menos.

—Pudo ser engañado.

—Eso, desde luego. Pero no por los rusos… Si James Mattews acudió a una cita semejante, era porque tenía la seguridad de que no se trataba de los rusos…, ni de nadie de quien pudiese temer nada. Una cita que él no relaccionó con el espionaje.

—Eso daría sentido a la mención de los héroes de Napodimonte.

—¿Los qué? —lo miró vivamente Brigitte.

Simón detuvo el coche a un lado de la carretera, encendió dos cigarrillos, y tendió uno a la divina espía.

—La revista *Il Napolitano* es semanal. Cada semana, por tanto, Mattews publicaba un artículo en ella. Y cada semana, los compañeros que trabajamos en el área cercana a Nápoles, compramos un ejemplar de la revista. Utilizando una clave sencilla, Mattews inserta en cada artículo, el parte semanal: sin novedad digna de mención. En ocasiones, ha sucedido algo más o menos importante, y él, simplemente, comunica que la Central ha sido puesta ya al corriente por medio de sus artículos cifrados para el *Washington Post*… Con todo esto, Mattews se quedaba bastante al margen de contactos que podrían llegar a ser comprometedores. En teoría, era uno de los agentes secretos más… secreto de Italia, así que, como es lógico, su muerte ha provocado una alarma considerable…

—¿Por los rusos?

—Nuestro jefe de Roma considera que no hay que descartar esa posibilidad. Ahora bien, convendría saber si Mattews ha sido descubierto como componente de nuestra red en Italia, en cuyo caso la situación sería gravísima para todos si tenemos en cuenta que él era el más *secreto* de todos nosotros, o bien, Mattews ha sido descubierto él solo, aisladamente, por algo sucedido fuera de Italia a alguno de sus confidentes. Si así fuese, los demás no tendríamos nada que temer, ya que Mattews, en ese aspecto, trabajaba solo. Entonces, se están haciendo investigaciones a fondo: queremos saber si el fallo ha sido en Italia, o fuera de ella, por parte de alguno de los colaboradores de Mattews.

—Eso es razonable y prudente. ¿Qué decía usted de los héroes de Napodimonte?

—Como cada semana, ayer adquirí *Il Napolitano*. Esta vez, además de la consabida frase cifrada dentro del artículo de Mattews, había otra frase, hacia el final. Simón-Roma interpretó

que Mattews la había añadido a última hora en su artículo, que, según unas averiguaciones muy sencillas, nos han informado fue entregado a la revista el día anterior a su lanzamiento, por lo que estuvo a punto de no poder ser incluido en las impresiones de última hora. Pero el hecho es que el artículo apareció…, con la segunda frase citada.

—Entiendo. ¿Y qué dice esa frase?

—Dice: *Atención a los Héroes de Napodimonte*.

—¿Y eso tiene algún significado especial?

—Para nosotros, por el momento, no. Pero Simón-Roma está trabajando en ello con varios hombres. Espero que pronto sabremos algo.

—¿Usted no sabe quiénes son esos héroes?

—Ni idea. Pero sí sé lo que es Napodimonte. Es un pueblecito encantador, tierra adentro, a unos veinte kilómetros de Nápoles…

—¿Mattews iba allí con frecuencia, quizá?

—Lo ignoramos, pero pensamos que no. O al menos, que si iba nunca le dio especial importancia. Yo suelo ir con frecuencia a Ostia, desde Roma, y nunca he informado de modo especial sobre ello… Mattews era importante y meticuloso, así que debemos pensar que si alguna vez le hubiese llamado la atención ese pueblecito llamado Napodimonte, lo habría mencionado, de un modo u otro.

—Bien… Esperaremos noticias de Simón-Roma al respecto. Supongo que usted puede comunicarse fácilmente con él.

—Está todo previsto —asintió Simón—. En cuanto sepan algo sobre sus héroes de Napodimonte, me lo comunicarán. ¿Dónde… dónde quiere que la deje, en Nápoles?

—Cualquier hotel discreto servirá, ¿no?

—Había pensado que quizá querría ir a ver a Mattews, antes de que sea enviado a casa.

Brigitte Montfort se quedó mirando el humo de su cigarrillo durante unos segundos. Notaba escozor en los ojos, pero, ciertamente, no era debido al humo del cigarrillo… ¿Ir a ver a Simón-Mattews? Sí, tiempo atrás solía hacerlo. Ella llegaba al lugar donde habían matado a uno o varios de sus compañeros, los miraba, contemplaba aquellos rostros desconocidos, pálidos, crispados casi siempre… Y luego, durante mucho tiempo, cuando ya los había

vengado incluso, seguía viéndolos en su imaginación, en sus sueños…

—No —susurró—… No voy a ir a verlo.

—La comprendo. Puedo llevarla a un hotel agradable y discreto, precisamente cerca de donde vivía él, en Corso Vittorio. *Corso Albergo*. ¿Le parece bien?

—Sí… Está bien. ¿Han estado ustedes en el apartamento de Mattews?

—Claro que no. No sólo por lo que pudiese haber de cierto en la intervención de la MVD en la muerte de Mattews, sino porque la Policía italiana ha tomado el apartamento por asalto. Están investigando muy a fondo.

—¿El apartamento está clausurado?

—Desde luego.

—¿Tenía Mattews algo que pueda resultar comprometedor para alguno de los nuestros?

—No lo creo, pero, aunque hubiese algo comprometedor en su apartamento…, ¿qué podríamos hacer? La Policía tiene un par de hombres vigilándolo. Y, por supuesto, ya lo habrán registrado de punta a punta.

—¿Manejaba Mattews microfilmes, o cosas pequeñas que pudieran ser escondidas en un apartamento?

—Claro —Simón se pasó la lengua por los labios—… Con alguna frecuencia recibía microfilmes… Debemos suponer que una vez examinados y pasado el informe a la Central por medio del *Washington Post* los destruía.

—¿Y si no hubiera sido así?

—Pues si no los hubiera destruido —palideció Simón—, es de suponer que ese material debe estar oculto en alguna parte del apartamento. Pero, la verdad, no me imagino a Mattews cometiendo esa tontería.

—¿Cree usted que yo tengo alguna probabilidad de entrar en ese apartamento?

—Por la fuerza, todas las probabilidades. Sólo tiene que desembarazarse de los policías. Si lo que desea es llamar la atención de modo especial sobre Mattews, es el mejor sistema. Pero como supongo que lo que desea es todo lo contrario, no tiene ninguna oportunidad…, a menos que consiga convencer buenamente a los

policías, cosa que me permito dudar. Aunque no del todo —añadió rápidamente, sonriendo.

Brigitte casi sonrió. Quedó pensativa, acto seguido. ¿Y si todo aquello fuese una artimaña para movilizar a la CIA en Nápoles, quizá en toda Italia? ¿Había alguien que estaba esperando alguna reacción cerca de James Mattews y todo lo relacionado con él?

—Generalmente —dijo, de pronto, mirando a Simón—, nos comunicaremos por la radio de bolsillo. Pero, si por cualquier circunstancia no pudiera utilizarla, mi nombre en el *Corso Albergo* será Lili Connors. Utilizaré el pasaporte que siempre llevo, con ese nombre. La rubia señorita Connors de los ojos verdes…

—Pero usted no es rubia… ¡Ni tiene los ojos verdes!

Brigitte colocó su maletín sobre sus rodillas.

—Eso lo solucionaremos muy pronto, Simón.

Era casi la una de la tarde cuando la rubia señorita Connors, la de los hermosos ojos verdes, quedaba instalada en *Corso Albergo*.

Y, por supuesto, a nadie se le ocurrió pensar que aquella preciosa criatura pudiese estar disfrazada, ocultando las verdaderas características físicas de otra criatura que aún les habría parecido más preciosa.

Pero, realmente, la señorita Montfort, alias Baby, estaba ya muy escamada de tantas y tantas sorpresas como había recibido a lo largo de su dilatada proyección en el espionaje internacional. Y ciertamente, cuando alguien asesina a un agente de la CIA, no lo hace por puro capricho.

Capítulo II

Hacia las siete de la noche, la señorita Lili Connors salió de su hotel, y se dirigió caminando lentamente por Corso Vittorio en busca del número en el cual tenía…, es decir, había tenido James Mattews su apartamento.

Llegó en pocos minutos, y se quedó mirando el edificio, desde la acera de enfrente. El edificio constaba de cuatro pisos, y era de fachada lisa, sin balcones o terrazas, de aspecto bastante moderno. A la derecha había otro edificio, éste de cinco pisos, y estuvo quizá un minuto examinando el de cinco, calculando la posibilidad de subir a la azotea, y desde allí saltar a la del edificio que le interesaba, para bajar luego hasta el piso donde estaba el apartamento de Mattews…

Se podía hacer, desde luego. Pero si, realmente, delante de la puerta del apartamento de Mattews había un policía o dos, no valía la pena complicarse la vida. Por fortuna, hasta aquel momento nadie había relacionado a James Mattews con la CIA, y, ciertamente, no sería la agente Baby quien buscase complicaciones que pudiesen hacer sospechar algo sobre Mattews, en ese sentido. En ocasiones, valía más no hacer nada, y esperar, simplemente, a que la policía terminase sus investigaciones…, con la esperanza de que no encontrasen nada. Eso, suponiendo que Mattews tuviese algo en el apartamento…

«Al parecer», reflexionó Brigitte, «todos consideran a Mattews lo bastante inteligente como para no tener nada comprometedor en el apartamento. Pero, si el acceso a éste es sencillo, echaré un vistazo».

Tomada la decisión, cruzó la calle, y entró en el portal del edificio de cuatro pisos. Aunque ya sabía que Mattews había vivido en el segundo, echó un vistazo a los buzones de correspondencia. No sólo para asegurarse, sino para ver si había algo en el de su

asesinado compañero.

No había nada.

Subió al segundo piso, a pie, pues no había ascensor. Al aparecer en el descansillo, vio a los dos policías que conversaban delante de una puerta, fumando. Se acercó a ellos sin vacilar, con su gracioso y despampanante caminar, sosteniendo en la mano izquierda el maletín rojo con florecillas azules. Aunque ahora no aparecía así, pues había sido cubierto por una funda negra.

—Buenas noches —saludó, en italiano, sonriendo.

Los dos policías, que desde luego la estaban mirando todavía incrédulos ante tanta belleza, sonrieron a la vez.

—Buenas noches, señorita —saludaron también a la vez.

La bellísima rubia señaló la puerta del apartamento.

—¿Es este el apartamento del americano?

—Si, éste es.

—¿Podría tomar unas fotografías?

Los dos policías quedaron atónitos.

—¿Quiere decir, en el interior? —preguntó uno de ellos.

—Sí, claro.

—No, lo siento. Nadie puede entrar en el apartamento, sin el permiso del inspector Castagno.

—¿Y dónde está el inspector Castagno?

—Por ahí, haciendo averiguaciones.

—¿Vendrá esta noche?

—No lo sé… ¿Es usted americana?

—Si.

—¿Familia del señor Mattews, quizá? —apareció una chispa de interés en los ojos del policía que hablaba.

—No, no… Solamente colega. También soy periodista, y tengo la intención de hacer un reportaje sobre lo sucedido. He sido enviada expresamente desde Estados Unidos para eso… ¿Qué tendría de malo que yo entrase en el apartamento?

—Nosotros sólo obedecemos órdenes, señorita. Lo siento, de veras… Habla usted muy bien el italiano.

—Muy amable, gracias. Bueno, tendré que resignarme a esperar al inspector Castagno… ¿Creen que él me permitirá tomar fotografías?

—Nos tememos que no, pero a lo mejor —el otro policía sonrió

simpáticamente—, usted lo convence. Si yo fuese él, me dejaría convencer por una chica como usted.

—Pues es una lástima que usted no sea inspector —casi rió la rubia señorita Connors—… Bueno, iré viniendo por aquí, a ver si consigo entrar. Aunque supongo que no vale la pena. Seguramente, lo encontraría todo removido, en desorden… Serian unas fotos interesantes, pero feas, ¿verdad?

—No entiendo mucho de eso. Pero no hay nada desordenado aquí dentro, se lo aseguro.

—¡Ah!

—¿Y por qué tendría que estar todo revuelto? —preguntó otro policía.

—No sé… Es lo que ocurre en muchos casos. Alguien entra a robar, mata al…

—El americano no murió aquí dentro, sino en los Jardines Botánicos —el otro policía la miraba con más atención, si ello era posible—… ¿No lo sabía usted?

—Si —Lili se dio una palmada en la frente—… ¡A veces no digo más que tonterías! ¿Tienen ya alguna pista del asesino?

—Todas las preguntas que tenga que hacer, hágaselas al inspector Castagno. Nosotros estamos aquí de guardia, eso es todo. No sabemos gran cosa. ¿Por qué no va usted a la comisaria? El inspector tendrá que pasar por allí en un momento u otro, y él la informará lo mejor posible.

—¿Ni siquiera saben con qué arma lo mataron?

—Ya si. Con una *Beretta* del… —empezó el otro policía.

—El inspector contestará mucho más exactamente que nosotros a todas sus preguntas —insistió el primero, interrumpiéndole.

—Sí… Claro, gracias. ¿Dónde está la comisaría?

La señorita Connors escuchó la dirección donde se hallaba ubicada la comisaría, así como las indicaciones para llegar a ella en pocos minutos, a pie. Obsequió a los dos policías con una sonrisa de lo más amistosa, y regresó escaleras abajo.

Según las indicaciones de los policías, para llegar a la comisaría tenía que dirigirse hacia la izquierda al salir del portal. La señorita Connors salió del portal…, y se dirigió hacia la derecha. Ya no le interesaba en lo más mínimo entrar en el apartamento de James Mattews, y, mucho menos, conversar con el tal inspector Castagno.

Por el momento, perdió todo interés por el apartamento de Mattews, y emprendió el regreso a su hotel, donde se dedicaría a esperar que Simón, en cuanto tuviese informes sobre los héroes de Napodimonte, la llamase por radio para ponerla al corriente…

Desde dentro del coche, Guido Riccardi vio salir a la formidable rubia que pocos minutos antes había entrado en el edificio. Se quedó mirándola fijamente, mientras percibía claramente que la emoción hacia aumentar el ritmo de latidos en su corazón. En cierto modo, había estado esperando a aquella mujer. Es decir, a una mujer, que *quizá* era aquella rubia admirable. Incluso, para reforzar su esperanza, la mujer rubia llevaba un maletín.

—No puede ser tan sencillo —se dijo Guido Riccardi—. Aparte de que esa chica quizá ha entrado en la casa a ver a cualquier persona que viva ahí…

Sin embargo, como todo buen espía, Guido Riccardi tenía un gran poder intuitivo…, que muchas veces fallaba, ciertamente. Pero pocas, si se tenía en cuenta la proporción con las muchas que acertaba.

—¿Y por qué no? —se dijo—. No veo por qué tengo que resistirme a creer una cosa sólo porque sea sencilla. Aunque…

De nuevo vaciló. Aquella tarde, a las cuatro, el cadáver del americano James Mattews había partido, finalmente, en coche, hacia Roma, desde donde, por supuesto, sería trasladado en avión a Estados Unidos. Desde el mismo momento en que habían matado a Mattews, él no había perdido de vista el cadáver, prácticamente. Por lo menos, había estado en todo momento lo bastante cerca para que una mujer joven y hermosa que fuese a verlo no le pasase desapercibida. Pero, ninguna mujer que mereciera la aprobación de Guido Riccardi se había interesado por el cadáver del americano de la CIA. En cambio, allí, al apartamento, acababa de ir una rubia muy bonita y elegante… Es decir, la rubia había entrado en el edificio, y ni siquiera cinco minutos más tarde había vuelto a salir…

Guio Riccardi no vaciló más.

Justo en el momento en que la rubia estaba cruzando la calle en la siguiente esquina, Guido puso en marcha el coche, y emprendió la lenta persecución. Fuese adonde fuese la rubia, la seguiría. Iría deteniendo el coche, de cuando en cuando, manteniendo las

distancias…

No tuvo que hacer muchas maniobras de estas, porque la rubia llegó muy pronto a su destino… La vio entrar en el *Corso Albergo* con toda naturalidad y tranquilidad. Con no menos naturalidad y tranquilidad, Guido Riccardi continuó conduciendo el coche, buscando un estacionamiento. Casi enseguida vio un espacio entre dos coches, pero resultaba insuficiente para colocar el suyo. La solución fue muy sencilla: metió el coche a través entre los otros dos, dejándolo parcialmente subido a la acera, y sin inmutarse, dejando el coche abierto, regresó hacia el hotel donde había entrado la rubia.

Un cauteloso vistazo al vestíbulo le bastó para asegurarse de que la rubia no estaba allí. Habría pedido la llave de su habitación y ya debía hallarse en ésta…

Cruzó el vestíbulo hacia la conserjería, donde el encargado de recepción se dedicaba a distribuir en los casilleros la correspondencia recibida poco antes.

—Buenas noches —saludó.

El hombre se volvió, con cortés sonrisa profesional.

—Buenas noches, señor. ¿En qué puedo servirle?

—Bien… Quisiera saber en qué habitación está alojada una señorita con la que tengo que resolver unos…

—¡Ah, si! Usted debe ser el caballero que ella está esperando.

—¿Me está esperando? —parpadeó Riccardi.

—Así es. Acaba de regresar, y me ha dicho que muy pronto entraría un caballero preguntando por ella, pero que como no la conoce de nombre, la describiría: una bonita muchacha rubia. ¿Es ésta la que usted busca, señor?

—Pues… sí. Sí.

—Es la señorita Connors. Me ha dicho que le ruegue a usted que se reúna con ella en el bar —el conserje señaló—… Por allí, señor.

—Gracias… Muchas gracias.

Guido Riccardi se volvió en dirección al bar, pero todavía no caminó hacia allí. Se quedó mirando la entrada, elegantemente iluminada… ¿Se trataba de una confusión, quizá? Porque si no se trataba de una confusión, la cosa estaba muy clara para él…

Segundos después, Guido Riccardi entraba en el bar del *Corso Albergo*. Enseguida vio a la muchacha rubia, sentada a una mesa.

Un camarero, de pie junto a ella, la escuchaba, con una sonrisa que demostraba bien claramente que estaba encantado de la vida. La rubia miró a Guido, terminó su conversación con el camarero, y sonrió. Guido Riccardi habría jurado que la sonrisa era para él, pero miró a ambos lados, y a su espalda… Estaba solo. Cuando volvió a mirar a la rubia, ella sonreía más anchamente, y le estaba haciendo un gesto de llamada con la mano.

Guido Riccardi fue allá. Se quedó ante la mesa, mirando con fascinada atención a la muchacha, que estaba señalando una silla. Vista de cerca era aún más bonita, y se podía apreciar mejor su gran clase, su distinción…, y aquella cegadora luz de inteligencia en el fondo de sus ojos…

—¿No quiere sentarse? —ofreció ella, en italiano.

—¿Nos conocemos usted y yo? —musitó Guido.

La muchacha pareció desconcertadísima.

—¡Por supuesto! —exclamó.

—¿Nos conocemos? —se desconcertó, ahora, Guido Riccardi.

—Naturalmente… ¿No es usted el hombre que me ha estado siguiendo en un *Fiat 1600* de color crema, con dos pequeñas abolladuras en la parte frontal izquierda, y cuya matricula es de Nápoles, número 111837?

Guido Riccardi se mordió los labios para no lanzar una exclamación. Luego, se sentó, y asintió con la cabeza.

—Me sorprende que se haya dado cuenta —murmuró.

—¿De verdad le sorprende? —se pasmó ella.

—No sé… Supongo que no debo estar sorprendido, señorita Connors.

—¡Ah…! Veo que, en efecto, ha ido usted a conserjería a preguntar por la chica rubia —ella se echó a reír—… Y me imagino que ahí han empezado sus sorpresas, señor… señor…

—Riccardi. Guido Riccardi. Bueno —acabó por sonreír—… ¿no le parece un poco fantástico?

—Si se refiere al modo de hacer contacto, supongo que si parece un poco fantástico, pero hay que tomar las cosas como vienen… Y hablando de cosas que vienen: ahí nos traen algo para beber.

El camarero llegó, y depositó un vaso delante de cada uno, con lo que Riccardi tuvo otra nueva pequeña sorpresa. El camarero se retiró, y la señorita Connors señaló el vaso de Riccardi.

—Espero haber acertado su gusto, señor Riccardi.

Éste miró el vaso, contempló un instante el transparente líquido, y volvió a mirar a la rubia.

—¿Qué ha pedido para mí?

Una chispa de malicia pareció estallar en los verdes ojos femeninos.

—Vodka, naturalmente. Para mí, he pedido *whisky* —alzó su vaso, y sonrió a la vez más—. De Kentucky, naturalmente, no escocés. Hay que proteger los productos nacionales, ¿no le parece, señor… Riccardi? Y un buen modo de protegerlos es consumiendo cada cual los que han sido manufacturados en su propio país.

—No sabía que en Italia fabricábamos vodka —sonrió Guido.

—En todas partes se fabrica vodka. Del mismo modo que en todas partes tienen la desfachatez de fabricar *whisky*, con la pretensión de que sea tan bueno como el americano. Ya veremos qué tal es mi *whisky*. En cuanto a su vodka, beba tranquilo: aparte de que no contiene narcóticos, ni mucho menos, veneno, es de una de las buenas marcas genuinamente rusas: «Stolichnaya»… ¿O no es de las buenas marcas?

—De las aceptables.

—*Chin-chin* —alzó. Lili su vaso de *whisky*.

—Salud —murmuró Guido, alzando su vaso de vodka.

Bebieron los dos, sin dejar de mirarse. El vodka era, en efecto, de una marca más que aceptable. En cuanto al *whisky*, a juzgar por la expresión de la señorita Connors, tampoco debía ser malo. Guido dejó su vaso, y metió la mano derecha en el bolsillo de la chaqueta… Enseguida captó la mirada de la rubia, súbitamente fría, como si los ojos acabasen de convertirse en hielo, y carraspeó.

—¿Un cigarrillo? —ofreció.

Ella asintió con la cabeza. Guido sacó el paquete, ofreció, y segundos después ambos estaban fumando, como viejos amigos.

—¿Lo han matado ustedes? —preguntó, de pronto, Lili.

Guido la miró fijamente, y movió la cabeza.

—No —negó—. Y le ruego que me crea. Aunque sólo sea para no insultarnos suponiéndonos tan torpes. Hacía solamente seis días que lo vigilaba, y en ese tiempo aún no había obtenido resultados satisfactorios en ningún sentido.

—¿Lo vigilaba usted? ¿Por qué?

—Usted sabe muy bien, señorita Connors, que James Mattews recibía información centroeuropea, y de la misma Rusia. Información que por supuesto, enviaba inmediatamente a Estados Unidos.

Ella asintió con un gesto, mientras lo miraba con gran atención por entre él humo de los cigarrillos.

—Que yo sepa eso no es sorprendente, pero… ¿cómo lo ha sabido usted?

—Cazamos a un checo. Un tipo de los que le pasaban la información sobre determinadas cuestiones a Mattews, y… naturalmente… lo convencimos para que nos dijese quién y dónde recibía esa información. Eso quiere decir —sonrió de pronto—, que no debe usted preocuparse por sus *Simones* de la red italiana. No más de lo habitual, quiero decir. Supongo que me comprende usted.

—Sí —sonrió ella—… El fallo ha estado fuera de Italia. Le agradezco mucho la información…, aunque podría ser falsa, con el fin de que yo tranquilice a mis… compañeros.

—Sus *Simones* pueden estar tranquilos. Los habituales de Italia no nos interesan… Aparte de que conocemos a un buen número de ellos. Los que nos interesan son los que integran la red que Mattews dirigía desde Nápoles, y que están todavía operando en Rusia y otros países amigos. El checo que cazamos estaba desconectado del resto de la red. Sólo conocía a su receptor, esto es, a Mattews, y naturalmente, nos lo dijo. Fue desagradable el modo en que le convencimos, pero usted comprenderá en que ocasiones no puede ser uno amable.

—Si, lo entiendo. ¿Qué pretendía usted, vigilando a Mattews?

—Bueno… Es obvio decirlo, ¿no cree? Me enviaron a mí solo… por el momento, para vigilar a Mattews con el fin de intentar conocer sus contactos de Centroeuropa y Rusia. Yo esperaba que alguno de ellos le buscase, y, si éste tampoco sabía nada de la red, temo que habríamos tenido que… preguntárselo directamente a Mattews. En cierto modo, al morir, no sólo ha dejado intacta su red, que quizá la CIA pueda seguir utilizando con otro receptor, sino que él mismo se ha salvado de una buena. No es lo mismo morir de tres balazos que ser interrogado en serio.

—Supongo que no —murmuró Lili—… ¿Por qué me ha seguido?

—En nuestra profesión, nadie ignora que cuando un agente de la

CIA es asesinado, la agente Baby tarda muy poco en aparecer en esa parte del mundo. Una vez muerto Mattews, yo tenía bien poco que hacer en Nápoles, ciertamente, pero… tampoco tenía gran cosa que hacer en mi punto de residencia, así que… me picó la curiosidad. Me dije que sería interesante saber si realmente Baby acudía siempre. Y, por otra parte, aún no he perdido la esperanza de que algún miembro de la red de Mattews aparezca por aquí… Es una esperanza muy remota, claro está, ya que todos los periódicos han publicado noticias sobre el asesinato de un americano en Nápoles… ¿Estuvo usted a ver el cadáver?

—No.

—¡Ah! También la estuve esperando por allí… ¿Sabe lo que he llegado a pensar, señorita Connors?

—¿Qué?

—Pues que ha sido la propia CIA quien ha ordenado el asesinato de Mattews.

—¿Por qué ha pensado eso? —palideció Lili.

—Pudieron enterarse perfectamente de que nosotros habíamos cazado al checo, y, claro está, sabían que le haríamos hablar. Con ello, Mattews quedaba al descubierto, y, quizá, optaron por… prescindir de él antes de que él delatase la red de la cual era receptor. Con lo cual, quedaría demostrado ya, sin lugar a dudas, que esa red es en verdad muy importante. Tanto, que la CIA ha podido preferirla a un solo hombre… ¿Le parece descabellado lo que digo?

—No.

—Esta es una de las porquerías que pueden esperarse del espionaje —susurró Guido Riccardi, también un poco pálido—… Vale más una maquinaria, un… mecanismo bien montado, que la vida de un hombre. Aunque ese hombre sea de los nuestros. De todos modos, comprendo ahora que no ha sido la propia CIA, pues en este caso…, ¿para qué enviarla a usted a investigar? Es bien sabido que no se moviliza a la agente Baby por tonterías, para hacerle perder el tiempo.

Lili Connors apagó el cigarrillo en el cenicero, y se quedó mirando fijamente a Riccardi.

—Y ahora que yo he venido, y que usted me ha visto y me conoce…, ¿qué?

—¿Qué? No comprendo…

—¿Por qué me esperaba usted?

Guido la miro asombradísimo.

—¿No se le ocurre nada, al respecto? —preguntó.

—¿Pensaba usted que se me podría encargar de sostener la red que Mattews ha dejado desconectada, y que siguiéndome a mí podría obtener los resultados que busca?

—Claro.

—¿No es usted demasiado ambicioso, señor Riccardi?

—¿Qué hay de malo en ello? Una red de esa importancia nadie querría perderla, así que la CIA tenía que hacer algo. Considerando que, de todos modos, Baby tenía que aparecer, quizá ella se encargase de sostener esa red hasta que llegase el relevo de Mattews. Y mientras tanto, claro está, Baby buscaría al asesino de su Simón… Quizá podríamos hacer un trato usted y yo.

—¿Me ha estado esperando para ofrecerme un trato?

—Sí. En definitiva, se trata de eso.

—¿Qué trato?

—Dígame los nombres y direcciones de las personas que integran la red que dirigía James Mattews, y yo le aseguro que nos limitaremos a desarticularla, sin matar a nadie, a menos que nos obliguen. A cambio de esa información, yo pondré en sus manos al asesino de Mattews.

Los ojos de Lili Connors volvieron a quedar como congelados.

—¿Conoce usted al asesino de James Mattews? —susurró.

—Sí. Yo estaba allí cuándo lo mató… Vigilaba a Mattews, como ya habrá comprendido. La cosa sucedió de un modo tan… extraño que me impulsó, como le he dicho, a pensar que había sido la propia CIA quien había ordenado la muerte de Mattews. ¿Conoce usted los detalles, supongo?

—Sí. Pero no tengo inconveniente en escucharlos de un testigo directo.

—La verdad es que no puedo decirle nada más que lo que ya han explicado los periódicos. Aunque, claro, nosotros sabemos que no era un americano periodista simplemente, y eso, la Policía no lo sabe… Fue extraño, sí. Mattews se acercó al hombre, hablaron unos segundos, el otro le dio fuego a Mattews… Luego, le tendió la mano… Bien, todo indica que Mattews no desconfiaba de aquel

hombre. Y desde luego, estaban citados allí. Nadie me convencerá de lo contrario.

—Nosotros pensamos igual —murmuró la divina—… ¿Quién lo mató?

—Un hombre.

—Ya sé eso. Lo que pregunto…

—¿Acepta mi trato?

—No.

—Entonces, no tenemos gran cosa más que hablar. Lo siento… por mí, ya que no tengo duda de que, más pronto o más tarde, usted localizará a ese hombre. Claro que —sonrió de nuevo Riccardi— yo espero encontrarlo mucho antes. Será interesante conversar con él.

—El hecho cierto, según entiendo, es que no sabe dónde está.

—Todavía no. Pero mis compañeros lo encontrarán, y me lo dirán. Para eso es para lo único que les he autorizado el contacto conmigo.

—Pero usted se apresurará a decirle que Baby está en Nápoles, ¿verdad?

Guido Riccardi quedó atónito.

—¿Para qué? —exclamó—. Lo que yo quiero es solucionar cosas, no complicarlas. Si les digo a mis compañeros que usted está en Nápoles, quizá tuviesen la estúpida idea de ponerse a darle caza, con lo que usted tendría que matar a algunos, quizá, y a mí me dificultaría mucho mi trabajo aquí, que es lo único que me importa… No, no. Estamos trabajando usted y yo. Los demás, son simples auxiliares. En lo que a mí respecta, y conociendo la línea de trabajo de usted, prefiero cazar esa red que matarla a usted…, suponiendo que pudiera hacerlo, pues no creo que usted esté desprevenida.

Lili Connors encogió de hombros.

—¿Cómo espera encontrar al asesino de Mattews?

—Después de dispararle, el hombre salió corriendo de los Jardines Botánicos; afuera, delante mismo, en Via Foria, le esperaba un coche, con otro hombre al volante. Se metió dentro y se fueron.

—Y usted tomó el número de la matrícula de ese coche… que está siendo buscado por sus compañeros.

—Naturalmente.

—Es una buena pista…

—Sí, lo es.

Se quedaron silenciosos, mirándose. Guido Riccardi era alto y fuerte, de rostro agradable, pero discreto. Todo en él era discreto. El buen agente secreto que sabe pasar desapercibido. Lili le calculó unos cuarenta años, quizá un par menos. Y calculó también que el falso italiano no era hombre con el que se pudiese jugar a las mentiras estúpidas…

El encargado de recepción apareció en la puerta del bar, y Lili supo que la buscaba a ella incluso antes de que el hombre, tras verla, le hiciese una leve seña de llamada. Asintió con la cabeza, y miró de nuevo a Riccardi.

—¿Me perdona un minuto?

—Por supuesto.

Guido Riccardi se puso en pie cuando lo hizo ella, muy correcto. Lili se acercó a la puerta, donde el encargado de recepción la esperaba, con gesto amable.

—¿Sí?

—Un caballero que dice llamarse Simón pregunta por usted, señorita Connors. Al teléfono.

—Ya… Por favor, dígale a Simón que ahora estoy ocupada, y que le llamaré yo dentro de unos minutos.

—Muy bien.

Lili regresó a la mesa, pero no se sentó, de modo que Guido se quedó de pie.

—¡Adiós, señor Riccardi! —se despidió ella—… Lamento no poder desearle suerte en su trabajo.

—Lo comprendo —sonrió él—. ¿Me permite invitarla?

—Gracias, muy amable. ¡Adiós!

—¡Adiós…!

Guido Riccardi se quedó en el bar, sacando unos billetes del bolsillo, sonriente. Divertida anécdota para contar en Moscú: un agente de la MVD invitando a Baby a *whisky* de Kentucky…

Capítulo III

En su habitación, la señorita Connors se sentó en una butaquita, sacó la radio del maletín, y la accionó.

—¿Sí? —oyó la voz de Simón.

—Simón estaba ocupada, y no podía oír la radio, pero no pasa nada, no se preocupe. ¿Tiene algo importante que decirme?

—Si. Ya sé quienes son los héroes de Napodimonte.

—¿Ya?

—Ha sido fácil. En Roma, Simón-Roma fue a la Biblioteca Nacional, y buscó Napodimonte en la enciclopedia. De allí…

—Al grano, Simón.

—Bien. Los héroes de Napodimonte fueron seis: Stefano Vitelli, Giulio Fornato, Manfredo Posilipo, Marco Gardone, Benedetto Sampietro y Severino Aveto. Todos ellos, como ya habrá comprendido, italianos. Hace treinta y un años, esto es, en mil novecientos cuarenta y cuatro, fueron llamados los héroes de Napodimonte porque salvaron las vidas de unas trescientas personas: mujeres, niños y ancianos…

—Eso fue durante la Segunda Guerra Mundial, entonces.

—Sí. Las tropas aliadas, que habían desembarcado en Italia, estaban empujando a los alemanes península arriba. Como usted debe saber, se combatía palmo a palmo de terreno, que los nuestros iban ganando. En su retirada hacia el Norte, los alemanes abandonaron Nápoles, y fueron retrocediendo por el interior. Así, llegaron a Napodimonte, arrasándolo todo, según su táctica de entonces. En Napodimonte, además de esas trescientas personas, había seis soldados, que son los hombres que he mencionado antes, y cuatro oficiales: Coronel Ludovico Gazzoli, Mayor Giovenale Brancacci, y los tenientes Luigi Vignola y Paolo Signorelli. Es decir, que para contener el retroceso alemán hacia Napodimonte, había en este pueblo solamente diez hombres. Estaban atrincherados en una

casa muy sólida y grande, del centro del pueblo, en la plaza… Los habitantes del pueblo, creyendo que los alemanes estaban en Nápoles todavía, permanecían en sus casas, en el pueblo. Los cuatro oficiales que le he dicho, sin embargo, parecían no estar muy tranquilos, y enviaron a los seis soldados en una avanzadilla, para asegurarse de que los alemanes no estaban cerca…

—¿Enviaron a los seis soldados?

—Si. A los seis.

—No me parece muy razonable, considerando que eran muy pocos en la posición…

—Espere, y va a comprenderlo todo enseguida. Como le decía, los cuatro oficiales enviaron a los seis soldados a una avanzadilla… Naturalmente los seis soldados vieron muy pronto a los alemanes, acercándose al pueblo, y regresaron a toda prisa. Cuando entraron en la casa donde se habían hecho fuertes, los cuatro oficiales no estaban allí.

—¿No estaban en la casa?

—No. Se habían dado a la fuga. Evidentemente, abandonaron la casa por el patio de atrás, y, sin ser vistos por nadie del pueblo, abandonaron éste.

—Por Dios… ¡Es una cobardía repugnante!

—Evidentemente, Pero volvamos a los seis soldados… Los muchachos se encontraron solos, sin saber qué hacer. La primera idea lógica que tuvieron, según relataron después, fue rendirse a los alemanes, pero, en aquellas fechas, los alemanes no estaban para perder el tiempo con prisioneros, y, por otra parte, estaban muy disgustados con los italianos por haber cambiado de bando… ¿Comprende?

—Me imagino que los seis soldados temieron ser fusilados en el acto, si se entregaban… ¿No?

—Exactamente. Pero, además, tampoco tenían muchas contemplaciones con el personal civil, así que lo inteligente era huir, también. Imagínese: seis soldados hambrientos, desesperados, asustados, sin mandos para orientarlos…, Y trescientas personas entre ancianos, niños y mujeres. Si los alemanes llegaban a Napodimonte antes de que hubieran evacuado, no tendrían miramientos, pues lo único que les interesaría seria instalarse en el pueblo para seguir ofreciendo resistencia, mientras pudiesen, a los

Aliados. Y así fue, en efecto: los alemanes llegaron a Napodimonte, se instalaron allí, y, según cuenta la historia, no fue nada fácil sacarlos del pueblecito tras un asedio de más de ochenta horas.

—¿Qué pasó con los seis soldados y el personal civil?

—Le explicaré ahora lo que hicieron los soldados… Cuatro de ellos se quedaron en la casa donde se habían hecho fuertes, al pie de las armas… Tenían un mortero, una ametralladora, y unos cuantos fusiles… Muy poca munición. Mientras estos cuatro se quedaban en la casa, los otros dos reunieron a toda prisa a las mujeres, niños y ancianos, y se lanzaron todos montes arriba, por caminos que una cabra habría considerado peligrosos… Y así, estaban trepando, cuando los alemanes llegaban al pueblo. Si no hubiesen encontrado allí la resistencia de los cuatro soldados, habrían alcanzado a todos en pocos minutos. Pero, allá estaban los cuatro soldados, con una ametralladora, un mortero cochambroso, y unos cuantos rifles… Fue una *batalla* de lo más asombrosa: cuatro hombres mal armados, dentro de una casa poco menos que en ruinas, conteniendo a cientos de alemanes. Naturalmente, éstos no sabían que en el pueblo había solamente cuatro soldados, así que en cuanto comenzaron a recibir fuego, se apresuraron a cubrirse y a tomar precauciones antes de seguir avanzando, muy lentamente, hacia Napodimonte… Cuando tomaron el pueblo, ya no había nadie allí. Los cuatro soldados, tras contener momentáneamente el avance de los alemanes, se habían reunido con sus compañeros y los civiles, y, los seis juntos, se las arreglaron para viajar hacia el Sur, sorteando alemanes hasta encontrar tropas americanas, a las cuales se entregaron. Los nuestros no querían creer la historia, pero la gente de Napodimonte los convenció, claro está. Bueno, fueron enviados a retaguardia, atendidos; los corresponsales de guerra les hicieron entrevistas a todos… En pocos días, todo el mundo conocía la historia de los héroes de Napodimonte. En cierto modo, viendo las cosas con la perspectiva actual, cabe pensar que los alemanes no habrían asesinado a trescientas personas, por supuesto, y que la acción bélica de esos seis hombres no fue tan fantástica, pero… si retrocedemos treinta años, y nos ponemos en el lugar de aquellas gentes, comprenderemos que a sus salvadores los llamasen héroes. ¿Qué opina usted?

—No veo motivo alguno para escatimarles su parte de… gloria a

esos seis hombres, Simón. Y comprendo perfectamente que para aquellas trescientas personas, fuesen héroes. ¿Qué pasó, finalmente, con los cuatro oficiales que cometieron semejante acto de cobardía?

—La versión oficial es que debieron morir *honrosamente* en cualquier parte del campo de batalla, finalmente. Sin embargo, todos están seguros de que, después de aquello, se camuflaron, y jamás han vuelto a aparecer…, al menos, con sus verdaderos nombres. También es posible, claro, que muriesen. En definitiva, y por el momento, no se sabe nada de ellos. Y han pasado treinta años.

—Entiendo. ¿Sabemos algo de los héroes de Napodimonte, además de los nombres?

—Los estamos buscando. Por el momento, y por el simple procedimiento del listín telefónico, hemos localizado a tres: Giulio Fornato y Marco Gardone, que viven en Roma. Y Manfredo Posilipo, que… ¿dónde diría usted que vive Manfredo Posilipo?

—¿En Nápoles? —susurró Brigitte Baby Montfort.

—Vía Foria, 118. Cerca de los jardines Botánicos. Eso indica el listín telefónico, al menos. Bien: ¿qué hacemos?

—Siga en contacto con Simón-Roma, hasta que los localicen a todos. Pero que no se acerquen a ellos. Solamente, que los localicen y los tengan controlados directamente. Yo tengo algo que hacer… ¡Ah, Simón!: ¿tenía algo que ver James Mattews con los héroes de Napodimonte?

—Que nosotros sepamos, no. Jamás hizo mención de ellos, hasta el último número de *Il Napolitano*.

—*Atención a los héroes de Napodimonte*… ¿Qué pudo querer decir Mattews con eso?

—No tengo la menor idea. Pero vamos a seguir interesándonos por el asunto, ahora que sabemos quiénes son esos héroes. Y por supuesto, nos vamos a interesar, también, en la búsqueda de los oficiales que huyeron cobardemente de Napodimonte… ¿No le parece que sí puede haber alguna relación entre los cobardes y los héroes de Napodimonte?

—No sé. De todos modos, eso es inadmisible… Lo que no puedo comprender es qué tenía que ver James Mattews con esos cobardes o esos héroes, cuyas edades supongo ser que no deben ser inferiores hoy a los cincuenta años. ¿Cuántos años tenía Mattews?

—Me parece que treinta y dos o treinta y cuatro.

—No pudo estar en Napodimonte hace treinta años, entonces. ¿Y su padre? El padre de Mattews, quiero decir… Quiero que lo investiguen. Comuniquen con la Central, y pidan un informe completo de la familia de James Mattews, especialmente si algún miembro de ella estuvo antes en Italia, quizá durante la guerra…

—Entiendo, entiendo. Pediremos esos informes.

—Gracias, Simón. No deje de tenerme al corriente… ¡Adiós!

—¡Eh! ¿Qué es lo que tiene que hacer usted, ahora?

—Voy a cenar aquí mismo, en el hotel. Y luego iré de visita. ¡Adiós, Simón!

Casi una hora más tarde, la señorita Lili Connors salió del hotel. Se detuvo delante del mismo, miró calle arriba y calle abajo, y vio, a su izquierda, el coche. Sin vacilar, fue allá, se sentó junto a Guido Riccardi, que la miró sin sobresalto ni sorpresa, y dijo:

—Tengo una contraoferta para usted, Guido.

—La escucho.

—En lugar de perder el tiempo vigilándome o siguiéndome, cosa que puedo evitar en cuanto lo desee, estudie mi proposición: usted me dice la matrícula de ese coche, y yo lo pongo al corriente de algo sorprendente e interesante que acabo de saber.

—¿Relacionado con la red que dirigía Mattews desde aquí?

—Relacionado con Mattews, sí. Con esa red, no lo sé. Pero es desconcertante. E interesante, se lo aseguro. Yo sé dónde puedo localizar a una persona que, de un modo u otro, tiene algo que ver con Mattews. Usted puede saber muy pronto dónde encontrar a su asesino… Vamos primero en busca de uno de esos hombres, luego en busca del otro, y la información que obtengamos de ellos, *sea cual sea esa información*, la utilizaremos los dos, usted y yo. Siempre y cuando me ratifique que si se trata de esa red, se limitarán a desarticularla… O mejor, mucho mejor para mi modo de ver las cosas, me dará veinticuatro horas de ventaja para que sea yo misma quien retire a todos los miembros de esa red… ¿Está de acuerdo?

—El coche era un *Mercedes* negro, matrícula *Roma 876004* —musitó.

Baby sacó la radio del bolsillo del abrigo, y apretó el botón de llamada.

—¿Sí?

—Simón: el asesino de Mattews utiliza un *Mercedes* negro, matrícula *Roma 876004*. Búsquenlo.

Tras un par de segundos de silencio, se oyó una voz del estupefacto agente de la CIA:

—¿Cómo lo ha sabido? —exclamó.

—Le voy a dar ahora la descripción del hombre. Un momento —Baby acercó la radio a la boca de Guido, que frunció el ceño, pero sonrió al mismo tiempo—… Le están escuchando, Guido.

—El hombre que mató a James Mattews —refunfuñó— tiene alrededor de cincuenta años, quizá dos o tres más. Estatura mediana, cabello abundante y espeso, con bastantes canas, frente no muy ancha, ojos oscuros, orejas grandes… Viste casi con elegancia, y su aspecto no puede ser más inofensivo. Eso es todo.

—¿Con quién estoy hablando, ahora? —se oyó de nuevo la voz del asombrado Simón.

—Con un… colaborador —sonrió Lili—. Eso es todo, Simón. Busquen el coche, y llámenme en cuanto lo encuentren.

Cerró la radio, la guardó en el bolsillo del abrigo, y miró a Guido Riccardi, que le contemplaba ceñudamente.

—Via Foria, 118 —dijo la divina—. Vamos a ver a un héroe llamado Manfredo Posilipo.

—¿Un héroe?

—Sí. ¿Conoce usted la historia de los héroes de Napodimonte?

—No. ¿Qué es Napodimonte?

—Queda demostrado que ni usted ni yo operamos habitualmente en Italia —sonrió Lili—, Napodimonte es un pueblecito que está a unos veinte kilómetros de Nápoles, tierra adentro, y en el cual, hace treinta y un años…

Capítulo IV

Guido Riccardi detuvo el coche, paró el motor, y tras reflexionar unos segundos, movió la cabeza con gesto de desconcierto.

—Pero…, ¿qué pueden tener que ver esos héroes de Napodimonte con James Mattews? ¿Y cómo sabe usted que había una relación entre él y los héroes?

—Eso forma parte del secreto profesional —le miró amablemente Brigitte, tras dejar de mirar por el cristal de atrás del coche. En cuanto a lo que pueda tener que ver Mattews con esos héroes, espero que uno de ellos nos lo explique ahora.

—Está bien. ¿Qué? —sonrió, de pronto, Guido—. ¿Se ha convencido de que no nos está siguiendo ninguno de mis amigos?

—Parece que no —admitió ella—. Pero hay muchas maneras de seguir y rastrear a una persona o un coche, ¿no cree?

—Le aseguro que no llevo ningún emisor de señales, ni otra clase de truco. Mi único contacto con mis compañeros es la radio de bolsillo, como usted.

Brigitte sonrió también, y señaló fuera del coche. Salieron los dos, Guido cerró el coche, y retrocedieron hacia el edificio número 118 de Via Foria, ante el cual habían pasado poco antes.

Era un edificio antiguo, pero de muy buen aspecto, con cierto tono señorial. Tenía grandes balcones, y en algunos de ellos había toldos de lona con anchas franjas de dos colores. El zaguán de entrada era muy amplio, y estaba bien iluminado. Enfrente había un ascensor, cuyo aspecto, ciertamente, era mucho más moderno que el del edificio; debían haberlo instalado bastante tiempo después de la construcción.

A la derecha había una puerta de cristales protegidos por dentro con unas cortinas que impedían ver el interior de la pieza. Al lado de esa puerta, una hilera de buzones para la correspondencia. El nombre de Manfredo Posilipo y Señora, figuraba en uno de ellos,

con la indicación del piso. Los dos espías cambiaron una mirada, encogieron los hombros, y Guido señaló el ascensor. Pero Lili movió negativamente la cabeza, y señaló las escaleras.

Los Posilipo vivían en el tercer piso, y puesto que en cada planta había una sola puerta, la localización no representó ningún problema.

Lili pulsó el timbre que había en un lado del marco.

Lo volvió a pulsar quince segundos más tarde.

Y otros quince segundos más tarde.

Finalmente, los espías volvieron a mirarse. Guido tenía el Ceño fruncido.

—Parece que no hay nadie —murmuró, decepcionado—… ¿Usted no estaba enterada de esto?

—Si cree que esto es sólo un tonto truco para predisponerlo a mi favor con el fin de que me dijese la matrícula del coche, está equivocado, Guido. Sé tanto como usted de los Posilipo.

—Pues nos vamos a quedar igual… Quizá sería buena idea preguntar en la portería.

La divina espía estuvo reflexionando unos segundos, al final de los cuales movió negativamente la cabeza. Se quitó el zapato derecho, desplazó el tacón, y retiró de allí una ganzúa, bajo la divertida mirada de Guido Riccardi…, que no se sorprendió cuando, sólo quince segundos más tarde, su colega americana empujaba la puerta, suavemente.

—*Voilá*— sonrió Lili.

—Las damas primero —señaló Guido hacia el interior.

Entró detrás de ella, que cerró la puerta y encendió la luz. Estaban en un amplio recibidor, adornado con gruesas cortinas y muebles que resultaban un tanto pasados de moda, pero evidentemente, de gran calidad, regios. Del techo pendía una gran araña, algunas de cuyas lágrimas tenían destellos de arco iris.

—Parece que al señor Posilipo no le van mal las cosas, ¿verdad? —comentó Guido.

Se equivocó completamente.

Al señor Manfredo Posilipo le iban muy mal las cosas. Francamente MAL.

Lo encontraron pocos segundos más tarde, en el dormitorio, caído de bruces sobre la alfombra que había en el lado derecho de

la gran cama de matrimonio. Estaba completamente desnudo bajo la hermosa bata de acolchada espuma de nylon.

Su esposa también estaba allí, sobre la cama, desnuda…, sin bata alguna.

Guido había dado la vuelta al cadáver de Manfredo Posilipo, y ambos pudieron ver su rostro, crispado, con señales de golpes en las lívidas facciones. Sobre el corazón tenía un pegote de sangre seca en cuyo centro se veía un negro agujero.

Pero, evidentemente, su esposa lo había pasado mucho peor. Tenía las manos atadas a la espalda, de modo que, hasta el momento de morir, o bien había estado muy incómoda, o había estado sentada. Los pies estaban atados al extremo de la cama, separados. En aquella patética desnudez absoluta, se apreciaba todavía que la señora Posilipo había sido una mujer de hermosas carnes blancas y prietas. Se le podían calcular unos cuarenta y cinco años, pese al mal estado en que había quedado su rostro, brutalmente señalado por los golpes, y a que tenía la boca sellada con una ancha tira de esparadrapo. Las señales de los golpes en el rostro, sin embargo, resultaban menos escalofriantes que las del cuerpo: en el vientre se veían pequeños puntos negros que debían haber sido producidos por brasas de cigarrillos. Los senos estaban llenos de costras de sangre. Y para colmo la señora Posilipo tenía los ojos abiertos en su última expresión de terror, inspirada sin duda por la visión de la persona que, finalmente, le había disparado al corazón… En el centro del seno izquierdo se veía el impacto de la bala.

Pese a estar en invierno, en pleno enero, la descomposición de ambos cadáveres estaba avanzada, y el hedor, que no parecía afectar a Guido Riccardi, si afectaba, como siempre, a la agente Baby que finalmente retrocedió hacia la puerta, musitando:

—Vámonos.

—Ya que estamos aquí, podríamos echar un vistazo —objetó Riccardi.

—No serviría de nada. Si había algo interesante aquí, debieron llevárselo los asesinos.

—Quizá tenga razón —admitió Riccardi—, pero si no le importa, yo quisiera echar un vistazo.

—Haga lo que guste. Le espero en el salón.

Cuando Guido Riccardi se reunió en el salón con Lili, ésta se hallaba sentada en uno de los grandes y recargados sillones, muy pensativa. Él se sentó en otro, delante de ella, y se quedó mirándola, esperando pacientemente a que la espía americana lo mirase a su vez.

—¿Ha encontrado algo interesante? —preguntó.

—Aparentemente, no. Claro que todo esto requeriría un examen más minucioso por parte de nuestros expertos…

—No creo que haya nada, de verdad. ¿Le molesta si hago una llamada por mi radio?

—Claro que no —sonrió a medias Riccardi.

Lili accionó su radio de bolsillo.

—¿Sí?

—Simón, estoy en el domicilio de Manfredo Posilipo. A él y a su esposa los han asesinado, después de torturarlos. Póngase inmediatamente en contacto con Simón-Roma y comuníquele mi orden de que todos los héroes de Napodimonte que sean localizados queden bajo nuestra protección directa. ¿Está claro?

—Sí… Si, sí. ¡Santo cielo!; ¿qué está pasando?

—No lo sé.

—¿Cree que puede ser una venganza, o algo relacionado con los cuatro oficiales cobardes que huyeron de Napodimonte?

—¿Después de treinta y un años? No.

—¿Entonces…?

—No sé. Llámeme en cuanto sepan algo sobre cualquiera de los héroes. ¿Están buscando el coche cuya matricula le facilité?

—Desde luego.

—¿Alguna novedad?

—Por ahora, no, pero le aseguro que la tendré al corriente. ¿Necesita ayuda de alguna clase?

—No, Simón, gracias. Hasta luego.

Cerró la radio, la guardó en el bolsillo del abrigo, y se quedó mirando a Riccardi.

—Imagino —dijo éste— que usted también tiene una teoría provisional sobre todo esto.

—Sí. Teniendo en cuenta que en su último informe James Mattews mencionó a los héroes de Napodimonte, podemos pensar que uno de éstos, lógicamente Manfredo Posilipo, se había puesto

en contacto con él, y quedaron citados en los Jardines Botánicos. Pero, el señor Posilipo no pudo acudir a la cita. Dos hombres vinieron aquí…

—¿Dos?

—El que asesinó a Mattews y el que le esperaba en el coche que usted vio.

—Sí —sonrió secamente Riccardi—. ¿Qué más?

—Dos hombres vinieron aquí, torturaron a los Posilipo hasta que Manfredo les dijo lo de la cita, y los mataron. Luego, uno de esos hombres acudió a la cita, simulando ser Manfredo Posilipo, y mató a James Mattews.

—De acuerdo —asintió Riccardi.

—La pregunta es: ¿cómo sabían esos dos asesinos que Manfredo Posilipo tenía una cita con James Mattews, es decir, con otra persona que quizá, de momento, no sabían quién era?

—Podían perfectamente saber que Posilipo tenía la cita con James Mattews, ¿no?

—No —negó Lili—… No, no. Si lo hubiesen sabido habrían matado a Mattews de otro modo más discreto, no en un lugar público. No sabían quién era, ni cómo era. Por eso, el asesino ocupó el lugar de Manfredo Posilipo, y acudió a la cita esperando que Mattews efectuaría el contacto. Insisto en mi pregunta: ¿cómo sabían que Posilipo tenía intenciones de entrevistarse con Mattews? Haré la pregunta de otro modo: ¿quién podía saber que Posilipo pretendía eso?

—¿Los otros héroes de Napodimonte?

—Esa parece la respuesta adecuada. Pero resulta un tanto increíble. Si alguien está emprendiendo una venganza contra los héroes de Napodimonte…, ¿facilitaría cualquiera de éstos la dirección o las intenciones de los demás o de él mismo?

—Claro que no —masculló Riccardi.

—Hagámonos ahora otra pregunta: ¿qué podía tener que ver James Mattews, o la CIA, con los héroes de Napodimonte?

—Eso puede saberlo usted, no yo.

Baby movió negativamente la cabeza.

—No. La CIA no sabía nada de esto hasta que recibió el informe cifrado de Mattews, cuando éste ya había muerto. Se lo aseguro, Guido. Sea lo que sea lo que esté ocurriendo, la CIA está tan a

oscuras como la MVD Todo lo que sabemos es que nos han matado a un agente.

—Pues no sé qué decirle, francamente. Excepto que lo mejor sería marcharnos cuanto antes de aquí.

—Si —Lili se puso en pie—… Saldremos por separado. Usted espéreme en el coche, mientras yo hago algunas preguntas en la portería.

—¿Por qué no las hacemos juntos?

—Como quiera —Brigitte lo miró asombrada—. Yo no tengo inconveniente alguno en que vean a una mujer rubia de ojos verdes, y que luego, cuando los cadáveres sean finalmente hallados, me describan.

—¿Va caracterizada? —alzó las cejas Riccardi.

—Naturalmente.

—Naturalmente —sonrió él, moviendo la cabeza—… Esto de creerse el chico más listo de la clase nunca da resultados. Bueno, la estaré esperando en el coche: a mí no me gustaría que los porteros me describiesen a la Policía.

Salió en primer lugar del piso. Dos minutos más tarde, lo hizo Lili, tras apagar todas las luces. Cerró la puerta con el pestillo de muelle, sin más, y se dirigió escaleras abajo… Pasó por delante de la puerta de cristales, asegurándose de que nadie la veía, y salió a la calle. Se alejó unos pasos, y regresó, directa hacia la puerta, a la cual llamó.

Abrió un hombre de unos cincuenta años, redondo, moreno, con calvicie muy adelantada, que sostenía un periódico en las manos. Al verla, se quedó atónito, estupefacto, fascinado.

—Buenas noches —sonrió Lili Connors—. Estoy llamando por teléfono al señor Posilipo, pero no contesta. ¿Saben ustedes si han salido de casa?

Una mujer apareció detrás del fascinado sujeto, y al ver a Lili dirigió una hosca mirada de reojo al hombre.

—Quizá tengan el teléfono estropeado —dijo—. Nosotros no los hemos visto salir… Por cierto, hace tres días que no los vemos… Sí, quizá se hayan ido a Napodimonte.

—¿Napodimonte? —consiguió sonreír, de nuevo, Lili.

—Un pueblecito cercano a la ciudad. Tienen allá una casa, y van con mucha frecuencia los fines de semana.

—Pero hoy es viernes —continuó sonriendo Lili—, así, que, hace tres días, no pudieron irse de fin de semana, señora.

—Bueno, el señor Posilipo puede irse siempre que quiera. Tiene una pequeña fábrica que hace tiempo funciona muy bien, así que no tiene preocupaciones. ¿Quiere dejar algún recado?

—No… No, gracias. Estamos intentando localizarlo para proponerle un negocio con nuestra empresa. Hace unos días, enviamos a dos altos empleados a visitarlo aquí. Quizá usted los vio… ¿No llegaron los hombres preguntando por el señor Posilipo?

—No… no recuerdo.

—Creo que uno de ellos era el señor Valli… Un hombre de unos cincuenta años, mucho cabello, con abundantes canas, estatura mediana, muy elegante… ¿Estuvo aquí?

—No. Seguro que no. Lo recordaría ahora, señorita.

—Bien… Tendré que seguir buscando al señor Posilipo. Sí, es posible que esté fuera de la ciudad, claro… ¿Cómo podría encontrarlo en Napodimonte? ¿Conoce su dirección, allí?

—No. Pero si usted pregunta allá por el señor Posilipo cualquiera le dirá dónde vive. Es muy popular allí, tengo entendido. Y el pueblo no es gran cosa. Aunque dicen que es bastante fresco, en verano… ¿Quiere que Francesco suba a ver si están en casa?

—No… No, no. Consulté a la Telefónica si el teléfono del señor Posilipo estaba averiado, y me confirmaron que no. Debe estar fuera, simplemente. Muchas gracias por todo…

—No se merecen, señorita. Buenas noches.

¡Adiós…!

Un minuto más tarde, Lili se sentaba junto a Guido Riccardi en el coche. Otro minuto más tarde, había informado al espía de la conversación con la portera.

Guido Riccardi movió la cabeza con gesto dubitativo.

—¿Ha sacado algo en claro de esto? —preguntó.

—Desde luego, no he podido confirmar nuestra teoría de que el asesino de Mattews y su amigo estuvieron aquí.

—¿De qué nos sirve saber eso, si también sabemos positivamente que Posilipo no está en Napodimonte?

—Pues no sé —encogió los hombros Lili—… ¿Se ha comunicado con sus compañeros de la MVD?

—Claro —sonrió Riccardi—… Pero siguen sin encontrar el

coche. ¿Cree que le estoy mintiendo?

—No.

—Muy amable, gracias.

—No lo digo por amabilidad —rió quedamente Lili—… Lo digo porque si tenemos en cuenta que ya no puede obtener nada de Posilipo, podemos pensar que me habría dejado plantada aquí para reunirse con sus compañeros si éstos le hubiesen dicho que habían encontrado el coche.

—Espero poder demostrarle de algún modo que estoy jugando limpio —refunfuñó Riccardi—… ¿Se le ocurre algo más que podamos hacer ahora?

—Tengo una idea excelente sobre mi actividad en las horas siguientes: dormir.

—Eso no es una actividad —sonrió Riccardi.

—Pero es conveniente cuando se está muy cansada.

—¿Ha llegado hoy mismo de Estados Unidos, quizá?

—Si.

—En avión, claro.

Lili Connors se quedó mirando irónicamente a Guido Riccardi. No hacia falta hablar para que ambos supiesen lo que estaba pensando el otro. Si ella decía que había llegado en avión, la MVD podía interesarse por todas las listas de pasajeros que habían llegado a Nápoles durante aquel día, diecisiete de enero de mil novecientos setenta y cinco. Y con estas listas, se podía proceder a una eliminación de personas que no podían ser Baby, separando a todas las pasajeras y procediendo luego a investigarlas…, con lo que, sin grandes dificultades, podrían, quizá, llegar a obtener un reducido número de mujeres…, cada una de las cuales podía ser la agente Baby.

—En avión, naturalmente —acabó por sonreír Lili.

—Sería demasiado fácil —sonrió, a su vez, Riccardi—… ¿La dejo en el hotel?

—Por favor.

Media hora más tarde, la señorita Brigitte Montfort, sin peluca rubia y sin lentillas de contacto de color verde, con un encantador pijamita cubriendo su bellísimo cuerpo, dormía profundamente en su habitación del *Corso Albergo*.

¿Qué otra cosa podía hacer, por el momento?

Capítulo V

¡Trilíiinnngggg…! ¡Tríii…!

El teléfono no llegó a sonar por segunda vez completamente, porque una preciosa manita alzó el auricular, que fue a quedar junto a una deliciosa orejita.

—¿Sí?

—Tenemos el coche.

Brigitte Montfort se sentó en la cama de un salto, y miró la pequeña esfera luminosa de su relojito. Eran las seis menos cuarto de la mañana.

—¿Entendido que nuestro pacto de colaboración sigue vigente, que lo respeta usted? —murmuró.

—De otro modo, no la habría llamado. ¿Paso a recogerla?

—No diga tonterías, Guido. Usted no se ha movido de delante del hotel en toda la noche. Bajaré dentro de cinco minutos.

—¿Y si yo no estuviese solo?

Brigitte Montfort apartó el auricular, y estuvo mirándolo unos segundos, como si fuese la bola mágica de una pitonisa en la que pudiese aparecer el futuro. Luego, sin contestar, simplemente lo colgó.

Cuatro minutos más tarde, la señorita Lili Connors, bellísima con sus rubios cabellos y sus ojazos verdes, salía de su habitación, poniéndose el abrigo. Precaución muy razonable, pues cuando medio minuto más tarde salió del hotel, la fría noche pareció caer sobre ella. Frunció el ceño con un gesto de clarísimo disgusto, vio el coche de Guido Riccardi, y corrió hacia él. Cuando se sentó al lado del ruso, éste miró su reloj, y movió la cabeza.

—Faltan algunos segundos para que terminen los cinco minutos. ¿Ha dormido bien?

—Como un ángel. ¿Y usted?

Guido Riccardi refunfuñó algo, y puso en marcha el coche. Por

supuesto, él no había dormido ni un segundo, vigilando en todo momento la puerta del hotel. Actividad, que, se estaba convenciendo, no valía la pena mientras él y Baby tuviesen vigente el pacto de colaboración. Pero, realmente, ¿tenía que admitir que una espía que durante tantos años estaba sobreviviendo en el mundo del espionaje jugaba siempre limpio…?

—Si usted lo hace —oyó la voz de ella—…, ¿por qué cree que yo no puedo hacerlo?

—¿El qué? —respingó Guido.

—Jugar limpio.

—¿Ha adivinado lo que estaba pensando?

—Adivinar no es la palabra exacta. Digamos que lo he *comprendido*. ¿Dónde está el coche? ¿Abandonado en alguna parte de la ciudad?

—No sabemos si está abandonado: simplemente, está estacionado en Via Caracciolo, delante del *Albergo Pompeya*.

—¿Los compañeros de usted están esperándole allí?

—No. Salvo sorprendentes novedades, ese coche está siendo utilizado por sólo dos hombres. Nosotros también somos dos.

—Teóricamente, —sonrió la divina.

—¿Qué quiere decir?

—Yo valgo por diez. ¿Y usted?

—No sé si valgo tanto como usted —exclamó—, pero sí estoy seguro de que, para dos enemigos, no necesito ayuda.

—Entonces, vamos con mucha ventaja sobre esos dos hombres. ¿Ha retirado a sus compañeros de esto, por lo tanto?

—De momento, sí.

—¿Y a qué se dedican, ahora?

Riccardi la miró asombradísimo. Luego, se echó a reír de nuevo.

—¡Increíble! Son apenas las seis de la mañana, estoy cansadísimo, muerto de sueño…, y usted se las arregla para decir algo que me hace reír.

—Ya veo que no quiere contestar a mi pregunta.

—¿Por qué no? Mis compañeros se dedican ahora a descansar. Y luego, reanudarán sus actividades normales: preparar la invasión de Europa por los ejércitos rusos. Invasión sorpresa, claro.

—Bueno —Lili se frotó las manos, sonriendo—… El buen humor es algo esencial para una fría mañana de invierno. Mejor dicho, fría

noche. ¡Santo cielo, Guido!; ¿cómo pueden ustedes soportar el clima de Rusia?

—A todo se acostumbra uno. Incluso a colaborar con un agente de la CIA.

—¡No me diga que es la primera vez!

—Claro que no. Pero ninguno era Baby… Quisiera hacer otro trato con usted.

—¿Otro? —lo miró expectante Lili—. Bueno, ¿por qué no? ¿De qué se trata?

—Podríamos silenciar los dos que hemos estado juntos en esto. No lo digo para evitar que usted me describa a la CIA, ya que me conocen, del mismo modo que yo conozco a muchos de ustedes… Lo que quisiera evitar es que se enterasen en mi Directorio. Consiga o no consiga los datos sobre esa red que dirigía Mattews, a mis jefes no les haría gracia que hubiese… confraternizado con la agente Baby. Especialmente si fracaso. Creerían, simplemente, que usted me habría engañado, o algo así.

—De acuerdo. Mantendremos nuestro pacto dentro del más estricto secreto profesional: a mis nietos les encantará escuchar esta historia.

—¡¿Tiene usted nietos?! —saltó Riccardi en el asiento.

—¡Zambomba, no! —se sobresaltó también Lili Connors—. Pero espero tenerlos.

—¡Aaaah…! Entonces, ¿está casada?

—Físicamente, si. Emocionalmente, sí, para toda la vida.

Guido Riccardi le dirigió una rápida mirada de reojo; luego asintió con la cabeza, y quedó sumido en silencio…, mientras ella hacía lo mismo.

Llegaron muy pronto a Via Caracciolo, y fue muy fácil localizar el *Albergo Pompeya*. Inmediatamente, vieron el *Mercedes* negro, matrícula de Roma, número 876004. Vacío, por supuesto.

—No creo que se hayan dejado abierto ninguna portezuela, ¿verdad? —sugirió Riccardi.

—Y aunque así fuese, ¿qué encontraríamos en un coche? No más de los que podemos saber si nos limitamos a esperar. El hecho de que el coche esté delante de este hotel, no significa que su propietario esté alojado en el hotel.

—¿Y si está realmente abandonado?

—Si a mediodía nadie lo ha utilizado, empezaremos a pensar en eso. Busque un sitio para estacionar.

No fue fácil. Tuvieron que hacerlo a casi ciento cincuenta metros de allí. Pero a las ocho y cuarto de la mañana, un estacionamiento mucho más cercano quedó libre, y Riccardi se apresuró a ocupar aquella plaza. Para entonces ya era de día, y Riccardi sabía que la fabulosa agente Baby tenía dos defectos dignos de mención. Uno: el frío la molestaba considerablemente. Dos: le irritaba perder el tiempo en aquella clase de trabajo.

—¿Quiere que vayamos a tomar café? —propuso.

—No.

Faltaban unos minutos para las diez, cuando la mirada de Lili Connors quedó fija de tal modo en un punto, que Riccardi miró hacia allí. Era la puerta del *Albergo Pompeya*. En ella había ahora dos hombres… Uno de ellos era de mediana estatura, cabellos espesos y abundantes, con muchas canas… Guido Riccardi miró a su colega americana, que ahora le estaba mirando fijamente, y asintió con la cabeza.

—Es él —susurró.

Se quedó mirando los ojos de Lili, que de nuevo quedaron fijos en aquel hombre, en el asesino de James Mattews-Simón. Riccardi tuvo la impresión de estar contemplando la congelación de dos pequeños lagos de color verde, y se sintió terriblemente inquieto.

—El otro debe ser el que estaba en el coche… A ése no pude verle bien.

Baby no contestó. Los dos hombres estaban hablando… El asesino de Mattews encendió un cigarrillo, y luego señaló el coche. Los dos se metieron dentro, efectivamente el otro al volante… El otro era un poco más alto, por lo menos diez años más joven, de rostro muy pálido, facciones inexpresivas. También muy correctamente vestido.

El *Mercedes* partió, y Riccardi no necesitó indicación alguna para saber lo que tenía que hacer. Puso su coche en marcha, y salió detrás del otro, conservando una distancia discreta, el *Mercedes* rodaba por Via Caracciolo en dirección al puerto. Llegaron a éste, pero el coche no se detuvo…

Bip-bip-bip-bip, comenzó a zumbar, con apagado sonido la radio, en el bolsillo del abrigo de Lili Connors.

—¿Sí?

—Buenos días. ¿Ha descansado bien?

—Buenos días, Simón. Sí, gracias.

—A mí no me pregunte. Fatal. La hubiese llamado antes, pero como aún no hemos encontrado él *Mercedes* matrícula de…

—Olvídenlo. Ya lo he encontrado yo.

—¡Cáscaras! ¿De veras? ¡Dígame dónde…!

—Le llamaré cuando le necesite. ¿Qué sabemos de Roma?

—Bien… Bueno, lo supe anoche, pero ya era un poco tarde, y me pareció que podíamos esperar para completar la información. Como ya creo que le dije, en Roma fueron localizados dos de los héroes de Napodimonte: Marco Gardone y Giulio Fornato. Más tarde todavía, supimos dónde reside otro, el tal Stefano Vitelli: en Amalfi, donde tiene un pequeño hotel que parece funcionar muy bien. También hemos sabido que los dos que faltan, esto es, Benedetto Sampietro y Severino Aveto, han fallecido…

—¿Cuándo y cómo?

—Sampietro, hace unos nueve años, en Milán, de un ataque al corazón. Severino Aveto falleció hace solamente tres: tenía el hígado hecho papilla. O podríamos decir que lo tenía hecho *foie-gras*. Los…

—¿Murieron ambos de enfermedad?

—Sí, claro. ¿Por qué?

—Porque sabemos muy bien que los Posilipo no han muerto de enfermedad, precisamente, aquí en Nápoles.

—¡Ah, ya…! Bueno, éstos sí.

—¿Y las esposas de Sampietro y Aveto?

—Sampietro no se había casado. Aveto era viudo hacía un par de años. Le iba a decir que los dos héroes de Roma partieron anoche, ya algo tarde, de la Ciudad Eterna… Adivine adónde fueron.

—¿A Napodimonte?

—Con usted es perder el tiempo jugar a los acertijos: en efecto, se fueron, en sus respectivos coches, a Napodimonte. Y hace muy poco, el compañero que vigilaba el domicilio de Stefano Vitelli, el de Amalfi, me ha llamado para decirme que también Vitelli ha salido en coche, hacia el interior… Podemos suponer que está camino de Napodimonte. Al parecer, acostumbran a ir con cierta

frecuencia, con sus esposas. Pero esta vez, los tres van solos. Dos de nuestros compañeros siguieron por separado a los de Roma: han informado que ambos han pasado la noche en la misma casa. Una gran casa que está en el centro del pueblo, en la plaza… Apostaría cualquier cosa a que cuando me llame Simón-Amalfi me dice que también Stefano Vitelli se ha instalado en esa casa de la plaza.

—Una reunión de los héroes de Napodimonte… De los que quedan. Dos han muerto hace tiempo por enfermedad. Otro, asesinado el mismo día que James Mattews. Y los tres que quedan, Stefano Vitelli, Giulio Fornato y Marco Gardone, se reúnen en Napodimonte, en la misma casa… ¿Le sugiere algo, Simón?

—¿Cree que saben algo de lo que está pasando…, y que se han asustado? Napodimonte es un pueblecito muy pequeño, así que quizá piensen quedarse escondidos allí…

—¿De qué han podido asustarse? Los dos primeros en fallecer, lo hicieron por enfermedad. ¿Por qué asustarse? Además, eso fue hace tiempo. En cuanto a la muerte de Manfredo Posilipo, no es probable que estén al corriente. Nadie lo sabe todavía, ya que yo ni siquiera avisé anoche a la Policía, pues no quiero complicar las cosas… Lo que quiero es solucionarlas… ¿De qué han podido asustarse?

—No sé. ¡Demonios, ¿cómo podría saberlo?!

—Quizá yo lo sepa pronto —murmuró Lili, mirando el *Mercedes* que les precedía—… ¿Nuestros compañeros tienen sus radios en esta misma onda?

—Claro. Es la del Sector que…

—Está bien. Nos están oyendo, en suma.

—Los que están en Napodimonte, no, porque sus radios sólo tienen un alcance de cinco millas, no como la de usted, que es especial y que…

—Yo me arreglaré con los de Napodimonte. A todos los demás, esta orden: cese total de actividades de cualquier clase.

—Pero…

—Es todo, Simón. Gracias por su ayuda.

Cerró la radio, la guardó, y volvió a mirar el *Mercedes*, que estaba dejando el puerto atrás, pero siempre rodando por la avenida frente al mar. Frunció el ceño, y miró a Riccardi, que encogió los hombros.

—No tengo idea de dónde está Napodimonte —dijo—, pero si

está hacia el interior, no parece que esos dos hombres vayan hacia allí. Yo diría que piensan seguir por la costa.

El agente soviético no se equivocó. El *Mercedes* siguió hacia el Sur por la costa. Pero no fueron muy lejos. Al llegar a Portici se adentraron en la población, directos hacia la parte de la playa… Y finalmente, ya pasadas las diez, el coche se detenía delante de una pequeña villa sita delante mismo de la playa, y en cuyo pequeño jardín había un *Jaguar* de color rojo, rutilante, evidentemente uno de los últimos modelos. Lo cual no encajaba con la casa, que parecía más bien modesta, y tan descuidada como el pequeño jardín.

Por supuesto, Guido Riccardi siguió adelante, y desapareció de la línea visual de la pequeña villa en cuanto llegó a una esquina. Detuvo el coche, y sin decir palabra se apeó, retrocediendo hacia la esquina. Regresó un minuto más tarde, ocupando de nuevo su asiento.

—Si —dijo—: han entrado en esa casa. En la del *Jaguar*.

—Es decir, que por lo menos tenemos que contar ahora con tres hombres. Y si en el *Jaguar* también van dos, como en el *Mercedes*, pues serian cuatro.

—Bueno —sonrió Guido—… Si usted vale por diez, y yo no temo a dos o tres enemigos a la vez, creo que seguimos teniendo ventaja, ¿no le parece?

—¿Qué opina de todo este asunto?

—No puedo opinar nada, porque no entiendo nada. Bueno, supongo que si sus *Simones* no le han dicho nada sobre los oficiales cobardes de Napodimonte es porque no han averiguado nada.

—Claro. Los tenientes Vignola y Signorelli, el mayor Brancacci, y el coronel Gozzoli, no han aparecido… por ahora.

—¿Pero usted cree que aparecerán?

—Han pasado treinta y un años…

—Los italianos, según dicen, son terribles para esto de las *vendettas*. No olvidan nunca, para ellos el tiempo no tiene importancia. Si tienen algo que vengar, lo hacen, pase el tiempo que pase, y sea como sea.

—Pero…, ¿de qué tendrían que vengarse, cuatro hombres que huyeron cobardemente? En todo caso, serían los héroes de Napodimonte los que tendrían que vengarse de los cobardes

oficiales, por dejarles solos.

—Sí… Es cierto. ¡No entiendo nada!

—¿Qué clase de contacto sugiere usted con los dos del *Mercedes* y el del *Jaguar*…, o los del *Jaguar*?

—No sé, Pero, en definitiva, me parece una tontería perder más tiempo.

—De acuerdo —asintió Lili Connors—. Vamos allá.

Capítulo VI

Les abrió la puerta precisamente el asesino de James Mattews. Era un hombre que, visto de cerca, resultaba agradable, muy bien parecido, con un cierto sello de distinción, de buenos modales, de cultura bien cultivada por la inteligencia reposada que lucía en sus ojos.

Lili Connors y Guido Riccardi estaban en el umbral, sonrientes, simpáticos. Él rodeaba la cintura de ella con el brazo izquierdo, y con la mano derecha parecía sujetarse los botones del gabán a la altura del pecho, como si temiera que la prenda se desabrochase. Ella se sujetaba las solapas con la mano izquierda, y, simplemente, aunque no hacía tanto frío a aquella hora, protegía su manita derecha por el procedimiento de hundirla en el bolsillo de aquel lado del abrigo.

—¿Sí? —sonrió amablemente el asesino.

—Perdón —sonrió, también Guido—… ¿Es usted el propietario de esta casa, señor?

El hombre pareció desconcertado. Alzó las cejas.

—No… No lo soy. ¿Por qué?

—Bueno… Estamos buscando una casa que no esté en Nápoles y que, al mismo tiempo, esté en Nápoles… Muy cerca de Nápoles, quiero decir. Nos hemos decidido por buscarla en Portici, y desde luego, en la playa… Como ésta. ¿La tienen en venta, quizá?

—Claro que no —negó el asesino—… ¿Por qué han pensado que estaba en venta?

—Tiene el aspecto de ser una casa deshabitada la mayor parte del año, así que… nos conviene.

Mientras decía esto, Guido Riccardi deslizó la mano bajo el abrigo, y la sacó rápidamente con la pistola firmemente empuñada. La punta del cañón quedó apenas a tres centímetros de la nariz del asesino. Los ojos de éste giraron velozmente hacia la preciosa rubia,

que continuaba sonriendo angelicalmente…, pero que había sacado también una diminuta pistolita, y le apuntaba al vientre.

El hombre se pasó la lengua por los labios.

—Si les conviene —susurró— quizá podemos llegar a un acuerdo sobre su venta.

—Es usted muy amable, señor —dijo la rubia—… ¿Podemos pasar para echar un vistazo?

—Sí… Sí, ciertamente.

El hombre retrocedió, lentamente, y Guido y Lili entraron tras él. En el mismo momento en que cerraban la puerta, se dieron cuenta de su tremendo… y peligroso error.

Efectivamente, parecía haber sólo tres hombres en la casa. Pero, en contra de lo calculado, no había sido sólo uno quien había acudido, al recibidor a abrir la puerta, sino los tres. Uno, era el asesino, que ahora los miraba con frío sarcasmo. Los otros dos también estaban allí… Uno, detrás de la puerta; es decir, había estado detrás de la puerta. En aquel momento, estaba detrás de Lili, apuntándole a la nuca con su pistola. El otro estaba pegado a la pared, junto a la ventana, y con su pistola provista de silenciador apuntaba a la cabeza de Guido Riccardi.

Durante unos segundos, reinó un tenso silencio, hasta que el asesino de James Mattews dijo, sosegadamente:

—Según todos los cálculos de probabilidades, cuatro o cinco personas pueden morir en manos de un segundo, en esta casa. Para eso, sólo es necesario que alguien empiece a disparar. Tengo la impresión de que todos nosotros sabemos que el primer disparo será la señal para que suenen unos cuantos más… ¿Les interesa eso a ustedes?

Guido Riccardi estaba pálido. Se volvió a mirar a Lili, y vio perfectamente al hombre que apoyaba su pistola en la nuca de ella.

—¿Qué hacemos? —susurró.

—Pues no sé —sonrió heladamente Lili—… Quizá nos concedan unos minutos para pensarlo.

—Todo el tiempo que quieran —aseguró el asesino—. Nosotros somos personas acostumbradas a situaciones extrañas. Y creo que ustedes también. Por otra parte, como todas las personas que llevan una vida interesante, creo que opinamos unánimemente que es una estupidez morir en una situación como esta. Carece de inteligencia.

—Pero es muy emocionante —dijo Lili.

—¡Ah, eso si, lo admito! Cuatro pistolas que pueden ser disparadas en cualquier momento… ¿Quién morirá, quién seguirá viviendo? La solución, cuando ustedes quieran.

Lili no podía ver al hombre que tenía tras ella, pero sí veía al otro. Y comprendió que éste era el propietario del *Jaguar*, porque no lo conocía; el compañero del asesino era el que estaba tras ella, por lo tanto. En cuanto al del *Jaguar*, era un hombre de lo más interesante. Alto, elegante, de aspecto óptimo y muy deportivo, cabellos muy bien cuidados, un carísimo anillo en el meñique de la mano izquierda, traje de corte impecable… Parecía tener unos cuarenta años, llenos de salud, de vigor, en pleno apogeo físico y mental. El hombre captó su mirada especulativa, y le sonrió.

—Usted también tiene buen aspecto —dijo.

Lili pudo contener un estremecimiento. No estaba acostumbrada a que los demás *comprendiesen* lo que ella estaba pensando. Pero, ciertamente, aquel hombre que parecía oler a loción carísima, lo había conseguido.

—Alguien debe decidirse a guardar su arma en primer lugar —dijo el asesino de Mattews.

—Estamos pensando en ello —replicó Lili.

El asesino encogió los hombros, y se volvió hacia el del *Jaguar* al escuchar la pregunta de éste:

—Naturalmente, éstos son los que te han seguido desde Nápoles, Donelli.

—Claro —replicó.

Lili miró a Riccardi, y frunció el ceño.

—Evidentemente, querido —dijo—, no eres muy hábil en seguir a otras personas. Creo que lo mejor será que guardemos nuestras pistolas y nos dediquemos a conversar con estos caballeros.

—No —dijo el asesino Donelli—… No deben guardar sus pistolas, sino dejarlas caer al suelo. Yo las guardaré por ustedes…, hasta que terminen su visita. O mejor, se encargará de ello mi compañero, el buen Botti. Déjenlas caer y adelanten hacia el centro del recibidor.

Riccardi no parecía dispuesto a hacerlo, pero tuvo que seguir el ejemplo de Lili Connors, que se inclinó un poco para dejar caer la suya. La imitó, y luego la imitó también caminando hacia el centro

del recibidor. Detrás de ellos, el llamado Botti recogió las dos armas, y se las colocó en la cintura, entre los pantalones y la camisa. El del *Jaguar* señaló hacia el interior de la casa.

—Por aquí, por favor.

Llegaron al pequeño saloncito, que, en efecto, no parecía el lugar donde suele haber calor humano. Resultaba inhóspito, frío… Un ventanal que estaba orientado al mar se hallaba apenas entreabierto y dejaba ver el resplandor del dorado sol de invierno. El del *Jaguar* acabó de abrir los portillos, se volvió, y se quedó mirando, ahora seriamente, a sus prisioneros. En el umbral del saloncito, Donelli y Botti permanecían inmóviles, apuntándoles con sus pistolas.

Había una extraña expresión en los ojos del guapo propietario del *Jaguar*, que acabó por mover negativamente la cabeza.

—No —dijo—… No son de la Policía. ¿Entonces…?

—¿Y usted quién es? —preguntó a su vez Lili.

—Llámeme Skarpo… ¿No lo sabía?

—No.

—¿No me conocen, por lo tanto?

—No.

—¿Y a Donelli y a Botti…? ¿Los conocían?

—No.

—Entonces, ¿por qué los han estado siguiendo?

—Queríamos preguntarle a Donelli por qué mató a James Mattews.

Donelli se irguió vivamente, pero el llamado Skarpo le hizo un autoritario gesto, y permaneció en silencio. Skarpo se pasó una mano por la boca, con gesto entre absorto y preocupado.

—¿Quiénes son ustedes?

—Yo soy Lili Connors, periodista americana. Él es Guido Riccardi, italiano. También es periodista.

Skarpo se sentó en un sillón, y se dedicó a encender un cigarrillo y a fumar de él durante casi medio minuto. De cuando en cuando, movía negativamente la cabeza, como si no estuviese conforme con sus pensamientos.

—Dos periodistas —musitó al fin—… ¿Amigos de Mattews?

—Desde luego —asintió Lili.

—¿Él les dijo algo, antes de morir?

—Si nos hubiese dicho algo, no habríamos tenido necesidad de ir detrás de Donelli para preguntarle por qué lo mató… También nos gustaría saber por qué mataron Donelli y Botti al matrimonio Posilipo. Aunque eso nos lo imaginamos…

—¿Qué estamos esperando? —exclamó Botti—. ¡Matémoslos y vámonos de aquí, Skarpo!

—Tranquilízate —dijo fríamente Skarpo—. Esta ha sido siempre la residencia volante de la jefatura en Nápoles, y no vamos a prescindir de ella por una pequeña alarma. Señorita Connors: ¿quizá el señor Posilipo habló también con ustedes, antes de morir?

—Si, desde luego mintió Baby.

—¿Y qué les dijo?

—Nos habló de los héroes de Napodimonte.

Skarpo quedó tan estupefacto que la posibilidad de que estuviese fingiendo quedó descartada inmediatamente por Lili.

—¿De qué? —exclamó Skarpo.

—De los héroes de Napodimonte —repitió, mirando a Botti y a Donelli, que estaban igualmente estupefactos.

El desconcertado Skarpo miró a Botti y Donelli, y este último encogió los hombros.

—Napodimonte es un pueblecito que está cerca de Nápoles, hacia el interior. Eso es todo lo que puedo decirte, Skarpo.

—¿No significa nada para vosotros? ¿Nada especial?

Los dos movieron negativamente la cabeza. Y Lili dijo:

—Según parece, no están ustedes muy al corriente de la historia heroica de su país.

—No entiendo nada de lo que dice —farfulló Donelli—. Son un par de chiflados. Acabemos con ellos…

—Te he dicho que te tranquilices. Puede que sean un par de chiflados, pero lo cierto es que han llegado hasta nosotros. Es decir, os han estado siguiendo —Skarpo volvió a mirar a Lili—… ¿Qué pista han utilizado para localizar a Botti y Donelli?

Lili Connors permaneció en silencio. No le correspondía a ella contestar. Pero Guido Riccardi tampoco parecía dispuesto a hacerlo. Skarpo estuvo unos segundos mirando de uno a otro, con gesto expectante.

—No creo haber hecho una pregunta tan difícil de contestar —dijo calmosamente—… ¿Cuál ha sido la pista?

Silencio por parte de los dos espías. Baby no se consideraba con derecho a responder. Y Riccardi no parecía tener intenciones de hacerlo. Con lo cual, en el fondo, estaba de acuerdo la espía internacional. Su impresión era de que aquellos hombres no sabían que James Mattews había sido un agente de la CIA. ¿Por qué decirles ahora que estaban ante otro, y ante un agente de la MVD rusa? De todos modos, era Guido quien debía responder a aquella pregunta… si quería hacerlo.

—Usted, hasta ahora, ha resultado ser una conversadora muy amable y locuaz —susurró Skarpo—… De modo que interpreto que esa respuesta debería darla su compañero… Pero, al parecer, no quiere hacerlo. ¿Es así?

—Déjame a mí —se adelantó Donelli—, Ya verás como este tipo nos dice todo lo que queramos, Skarpo.

—Te conviene que lo diga —asintió Skarpo—. *Ammazzare* no podría continuar empleándote si hubieses quedado al descubierto, Donelli. Y lo mismo digo respecto a ti, Botti.

—¿Matar? —murmuró Lili—. ¿Qué significa eso? [1]

—Pues, señorita Connors, en todo el mundo, matar, significa *matar*, sea cual sea el idioma que se utilice para pronunciar la palabra. ¿Usted no sabe lo que es *Ammazzare*? Quiero decir: ¿nunca antes de ahora ha oído esta palabra… digamos… pronunciada de modo especial?

—No… Nunca.

—Está mintiendo —se excitó Donelli—. Botti y yo hemos sido cautelosos, como siempre. No es posible que hayamos cometido un fallo. Si hay fallo, viene de lejos, quizá de Roma. ¡Y este tipo nos lo va a confirmar! ¿Empezamos ya?

—Sí… Pero no con él —Skarpo miraba especulativamente a Riccardi—: es demasiado fuerte. Y su expresión es la de quien puede soportarlo todo. *Trabajad* con ella —miró a Lili—… Por fuerte que sea, nunca lo será tanto como un hombre. ¿Me comprende usted, señorita Connors?

—Sí.

—Sería conveniente para usted, que su amigo se decidiera a despegar los labios.

—Eso es él quien tiene que decidirlo.

—¿Son ustedes… *amigos*, o algo así?

—No.

—¿No? Bueno, un hombre fuerte puede soportar muchas cosas, menos contemplar cómo hacen pedazos a la mujer que ama. Pronto sabremos si el señor Riccardi la ama a usted o no. Empezad ya.

El primer golpe lo recibió Lili en los riñones, y cayó de rodillas, súbitamente lívida. Riccardi inició un paso hacia ella, pero Skarpo le apuntó ostensiblemente a la cabeza con su pistola, y dijo:

—O hable o estese quieto. ¿Qué elige?

Lili alzó la cabeza, y miró al espía soviético.

—Por mí no se preocupe —dijo.

Donelli soltó un gruñido, asió a Lili por la ropa del cuello, y la puso en pie, de modo que quedó frente con Botti. Sin vacilar, éste hundió su puño derecho en el vientre de la espía, que emitió un gemido y se dobló…, para recibir en pleno rostro un bofetón que la enderezó. Acto seguido, recibió dos más, uno de revés y otro de derecho, en una y otra mejilla. Su cabeza fue de un lado a otro, como si el cuello fuese de goma. Los ojos se le llenaron de lágrimas…, y debido a las lentillas de contacto, la visión se redujo a la de unas formas confusas que se movían ante ella. Otro puñetazo en el vientre de la espía dejó a ésta doblada, colgando de un brazo de Botti, que la dejó caer al suelo, y miró a Skarpo.

—¿Qué te pasa? —gruñó éste—. ¡Seguid con ella!

Brigitte Montfort apretó los párpados, y las lágrimas de dolor se desprendieron, de modo que la visión fue aceptable. Botti la puso en pie, encarándola ahora a Donelli, que echó el puño hacia atrás, mirando la boca de la hermosa rubia.

—Voy a matar a éste —dijo ella, rápidamente, en ruso.

Fue un instante de desconcierto. Un instante brevísimo para los tres hombres, pero no para Guido Riccardi, que naturalmente, entendió a la perfección las palabras de su colega americana. Ésta paró con su brazo izquierdo el puñetazo que tras la breve vacilación dirigió Donelli a su boca, y, simultáneamente, lanzó hacia delante su mano derecha, plana con la palma hacia arriba, los dedos juntos, formando una punta de lanza… de apariencia suave, débil.

Pero los dedos de la agente Baby sólo eran suaves cuando acariciaba. Cuando ella quería, eran realmente una punta de lanza… Una punta de lanza que pasó rozando la barbilla de Donelli, y se hundió en su garganta. *Se hundió, realmente*. Los dedos

perforaron la piel y la carne, como si ambas hubiesen sido simple papel mojado; fue un espantoso *atemi* de judo, que tiró a Donelli hacia atrás, muerto, con la garganta destrozada como si hubiese recibido en ella un auténtico lanzazo.

Y todavía estaba Donelli cayendo hacia atrás, con los ojos prácticamente fuera de las órbitas, cuando Lili se volvía hacia el desconcertado Botti, soltándose de un tirón de la mano con que la sujetaba por la ropa…

El tremendo *ura tsuki* lanzado por la mano izquierda de Lili Connors alcanzó a Botti en la punta de la barbilla, de lleno. Crujió la barbilla, crujieron los nudillos de Lili en el impacto… Pero los nudillos de Lili resistieron, y la barbilla de Botti no resistió, rompiéndose, provocando tal sacudida en su cráneo que también se rompió la base de éste, ocasionando la muerte fulminante…

Al mismo tiempo, se oía el chasquido de un disparo efectuado con silenciador, y se oía el grito de dolor de Guido Riccardi, que estaba saltando hacia Skarpo… La bala le alcanzó, y el agente ruso se encogió en el aire, giró, y cayó encogido, con las manos en el vientre. Inmediatamente, Skarpo apuntó hacia Lili, mientras, demudado su atractivo e inteligente rostro, se ponía en pie velozmente…

Quizá no debió ponerse en pie.

Estaba todavía irguiéndose cuando antes su rostro apareció el pie derecho de Baby. Fue una visión fugacísima, una milésima de segundo antes de que el pie diese en la cara de Skarpo, plano, como en una insólita bofetada, si bien el alto tacón llegó a hundirse unos milímetros en la garganta de Skarpo. Las consecuencias fueron que éste salió despedido hacia atrás, cayó de espaldas en el respaldo del sillón, y derribó éste con él hacia el suelo, mientras la pistola saltaba de su mano…

Lili corrió hacia Skarpo rodeando el sillón. Llegó junto a aquél cuando terminaba de rodar por el suelo, y lanzó un puntapié hacia su barbilla… Casi al mismo tiempo, lanzó una exclamación de sorpresa y alarma, pues Skarpo desapareció de delante de ella, de modo que falló el golpe. Y, llevaba por el fuerte impulso, su pierna subió, su cuerpo se dobló hacia detrás…, y cayó de espaldas. Su cabeza golpeó contra el suelo, y se llenó de lucecitas de todos los colores. La alzó un poco, sacudiéndola, e hizo intención de

incorporarse… Justo entonces, Skarpo quedaba sobre ella, sentándose sobre su vientre, colocando una pierna a cada lado del cuerpo de la espía, y aferrando la garganta de ésta.

Tan sólo por cómo Skarpo bloqueó su cuerpo con las rodillas y la sujetó por la garganta, Lili Connors comprendió en el acto que tenía sobre ella un auténtico enemigo, digno de su talla de luchadora. Por instinto, en primer lugar, intentó apartar aquellas manos de su garganta, pero comprendió enseguida que jamás lo lograría. Luego, contorsionó su cuerpo, pero el bloqueo que Skarpo sostenía con sus rodillas era perfecto… Lanzó un golpe hacia la sien izquierda de Skarpo, pero la cabeza de éste quedaba perfectamente protegida entre sus brazos, encogido el cuello, alzados los hombros…

Y mientras tanto, aquellas manos grandes y fortísimas seguían apretando la garganta de Brigitte Montfort, cuya visión comenzó a desvanecerse.

Pero todavía tenía muchos, muchísimos recursos. Sabía que no iba a conseguir nada golpeando, ni intentando romper la inmovilización que Skarpo efectuaba con su vientre y rodillas. La fuerza no servía de nada con aquel hombre, cuyos conocimientos de lucha en el suelo no podían ser más evidentes.

No obstante, siempre queda algo por aprender.

Lili Connors fue la encargada de enseñárselo a Skarpo: pasó su brazo derecho por entre su cuerpo y el del hombre, y sus dedos llegaron a la cintura. Allí, se hundieron, formando como un garfio, encontraron las costillas flotantes, y tiraron con fuerza hacia arriba y afuera… El alarido de Skarpo, tremolante, hizo vibrar los cristales de las ventanas, mientras, soltando el cuello de Lili, se erguía, todavía sentado sobre el vientre de ella…

Al mismo tiempo que sonaba el chasquido del disparo, la cabeza de Skarpo explotó.

Si, explotó… Como si hubiese sido… un globo con unas facciones pintadas. Debido a su postura erguida y echada hacia atrás para huir de aquel intensísimo dolor que arrancaba sus costillas flotantes, la bala le entró por debajo de la barbilla, y salió por la coronilla, reventando toda la parte superior de la cabeza, lanzando salpicaduras de sangre, huesos astillados y masa encefálica…, y saltando grotescamente de sobre el cuerpo de Lili.

Ésta se incorporó vivamente, sacudió la cabeza, y miró a Skarpo, que estaba tendido boca arriba, con los pies hacia ella. Luego, miró hacia el otro lado, donde Guido Riccardi, todavía tendido de bruces, sostenía en la mano derecha la pistola de uno de los asesinos.

Se quedaron mirándose. La pistola temblaba en la mano del ruso, cuyo codo se apoyaba en el suelo… De pronto, la cabeza colgó hacia delante, el brazo le falló, y Riccardi cayó completamente, de cara, soltando la pistola.

Lili se puso en pie, corrió hacia él, y puso una rodilla en el suelo, a su lado… De un manotazo alejó la pistola, y luego volvió al ruso boca arriba, cuidadosamente…

—En el vientre —jadeó Guido—… En el vientre… Tenga cuidado…

A manotazos, Lili arrancó la ropa del ruso, y se mordió los labios al ver dónde había impactado la bala disparada por Skarpo. La sangre brotaba en tal abundancia que estaba formando rápidamente un charco en el suelo, empapando la ropa de Riccardi, cuyo rostro estaba desencajado, lívido. En la frente comenzaba a brillar el sudor.

—No se mueva —susurró Baby… No haga nada, no diga nada, Guido.

Corrió hacia el interior de la casa, y regresó con una sábana, desplegándola. Comenzó a hacerlas pedazos, colocando el primero sobre la herida, varias veces doblado.

—¿Puede sostenerlo? Está perdiendo mucha sangre… Va a morir si no cortamos la hemorragia, Guido.

El agente soviético cerró los ojos, pero sus manos apretaron el trozo de sábana contra la herida. Lili retiró aquel trozo, y puso otro. Encima de éste, otro más. Y luego otro más. Era espantoso cómo la sangre los iba empapando todos. La espía comenzó también a sudar. Estaba tan pálida como el propio Riccardi.

—Es inútil —jadeó éste—… Es inútil que…

—¡Cállese!

Retiró todos aquellos trozos de sábana empapados, y colocó otros secos. Se quedó mirándolos, anhelante… Un minuto después, su mirada fue hacia los ojos del ruso, fijos en los de ella.

—Parece que lo hemos conseguido —murmuró… No se mueva, por lo que más quiera. No hable, respire con cuidado… ¡No se

mueva ni un milímetro, Guido!

Éste parpadeó. Luego, se quedó inmóvil, con los ojos cerrados. Parecía muerto. Arrodillada a su lado, la agente Baby sacó la radio de bolsillo, y accionó el botón de llamada.

—¿Sí?

—Simón, necesito…

—¡Ah, es usted! Me han telefoneado desde Napodimonte. Efectivamente, Stefano Vitelli ha ido también allá…, a la misma casa que Giulio Fornato y Marco Gardone. Podríamos…

—Vamos a dejar eso para más tarde, Simón. Le voy a decir más o menos dónde estoy, y quiero que venga aquí con un médico *AHORA MISMO*.

—Bueno, hoy es sábado, y…

—He dicho que quiero un médico, *AHORA*.

—*Okay*.

Capítulo VII

—No morirá —dijo el médico.

Sentada en uno de los sillones del saloncito, con aspecto fatigado, Lili Connors suspiró profundamente.

—¿Seguro? —musitó.

—Desde luego. En ningún momento ha estado en peligro de muerte. Por supuesto, la herida es importante, pero, más que nada, aparatosa. Mucha sangre, y prácticamente, nada más. De todos modos, no debe moverse de la cama, por lo menos en una semana. Y me reservo mi diagnóstico definitivo durante veinticuatro horas. ¿Hay algo para beber por aquí?

—No lo sé. Busque usted mismo.

El médico terminó de secarse las manos, tiró la toalla sobre el sofá, y fue hacia el gran mueble con muchas puertecitas situado en un paño de pared. Mientras buscaba, Brigitte Montfort lo miraba, un tanto distraída… Era un hombre de más de cincuenta años, muy tranquilo, como bastante aburrido de todo, hasta el punto de que ni siquiera aparecía molesto por aquel trabajo inesperado y comprometido. Una cosa era segura: tenía buen olfato. Encontró una botella de coñac, se la puso bajo el brazo, y del mismo hueco en el mueble tomó dos vasos, volviéndose hacia Lili.

—¿Quiere?

—No, gracias. Entiendo que se disponía usted a marcharse de Nápoles.

—Sí. Tengo unos amigos en Capri, que me han invitado. Unos pelmazos.

—¿Cuánto quiere por quedarse aquí, con ese hombre, hasta que esté fuera de peligro, completamente?

El médico se sirvió tres dedos de coñac. Luego, como alarmado, miró la hora en su reloj de pulsera. Encogió los hombros al ver que eran las cuatro y veinte de la tarde, y bebió un trago. Luego, se

quedó mirando amablemente irónico a la espía.

—Un millón de liras —rió, disponiéndose a beber de nuevo.

—De acuerdo.

Brigitte Montfort se puso en pie, y salió del saloncito, dejando al médico atragantado con el coñac. Cuando se recuperó, terminó el interrumpido segundo trago, y encogió los hombros.

—Es una buena broma —dijo en voz alta.

Lili llegó al dormitorio donde había sido instalado Guido Riccardi, que yacía sin conocimiento, en la cama. Junto a él estaba Simón, mirándolo con el ceño fruncido. Ante la ventana, otro de los hombres de la CIA en Nápoles, otro Simón.

—¿Y ahora? —preguntó Simón, mirándola.

—Uno de ustedes se quedará con él hasta que el médico diga que está fuera de peligro y se marche. Cuando Riccardi pueda valerse por sí mismo, lo dejará solo, con su radio de bolsillo, para que llame a sus compañeros. Al médico le entregarán un millón de liras.

—De acuerdo. ¿Este es el hombre que habló por la radio de usted describiéndonos al asesino de Mattews?

—Sí.

—¿Italiano?

—Ruso.

—¡Pues qué bien! —masculló Simón—… ¿Qué hacemos con los tres muertos que hemos empaquetado?

—Vean qué averiguan de ellos en Roma, y entérense de lo que es algo llamado *Ammazzare*. Luego… ¿Qué pasa?

Simón había respingado. Y lo mismo el de la ventana. Ambos miraban sobresaltados a Lili Connors.

—*Ammazzare* —dijo, con voz tensa, Simón— es una sociedad italiana dedicada al asesinato por encargo. Cobran muy caro, pero son capaces de hacerlo todo.

—Entiendo… ¿Qué más saben de esa… sociedad?

—Nada más. Es muy complicado ponerse en contacto con ella.

Lili se quedó junto a la cama, contemplando las lívidas facciones de Guido Riccardi. No sabía su verdadero nombre, ni le interesaba en lo más mínimo. De cuando en cuando, algún espía practicaba el juego limpio, y para ella eso era suficiente para catalogarlo; casi siempre significaba que aquel espía tenía auténtica clase, categoría

indiscutible. Y, por supuesto, un sentido de la profesión que encajaba con la conducta de la agente Baby.

—No me gusta esa clase de sociedades —dijo, de pronto—… Si consigo alguna pista que nos lleve a su jefatura, quiero que los nuestros terminen con ella. Como sea.

—La Central quizá opine que…

—La Central aceptará mi decisión. De modo que investiguen a esos tres hombres hasta el límite. Pero antes, hagan desaparecer sus cadáveres para siempre.

—Está bien.

Lili quedó de nuevo silenciosa, pensativa, siempre contemplando el rostro del agente soviético.

—Por lo que usted ha dicho —habló de nuevo— hay que tener bastante dinero para poder contar con los… servicios de *Ammazzare*, ¿no es así, Simón?

—Así es.

—Pensemos un poco en todo esto… ¿Quién creen ustedes que pudo contratar a la *Ammazzare* para que matasen a James Mattews? Sin olvidar que para matar a James Mattews, antes tuvieron qué saber quién era y cómo encontrarlo, interrogando con torturas a los Posilipo… ¿Se les ocurre algo?

—No. Sólo podemos pensar en una venganza por parte de los cuatro oficiales cobardes: Ludovico Gozzoli, Giovenale Brancacci, Luigi Vignola y Paolo Signorelli. Pero, verdaderamente, una venganza después de treinta años, parece una idiotez.

Lili no contestó. Se sentó en una silla, encendió un cigarrillo, y se quedó pensando, mirando hacia la ventana, y el humo que se perfilaba a la luz del sol de la tarde.

—¿Tienen en el coche algún mapa de esta zona? —preguntó.

—Si.

—Imagino que serán lo bastante detallados como para que Napodimonte esté señalado en ellos.

—En uno, sí. Es completo. Un libro.

—Ya. Bien, ya saben lo que les he dicho… Ya me voy a Napodimonte en su coche, Simón. Hasta la vista.

—Pero…

Napodimonte estaba en lo alto de una colina [2] a la que se llegaba

por una carretera aceptablemente asaltada. Desde abajo, se veía el blanco caserío, agrupado, formando como un bloque… Treinta años atrás, seguramente la carretera no había estado asfaltada, y, en cierto modo, el pequeño pueblo podía, incluso, parecer una fortaleza…

Cuando se llegaba arriba, se veía que no era tal fortaleza. Era un pueblo simpático, con una corta calle mayor en cuyo centro estaba la plaza, en la cual se hallaban las casas más importantes, y los cafés. Había uno, que parecía el más próspero y elegante, que tenía una terraza donde había mesas y sillas, y un bonito toldo con listas de varios colores que, en aquellos momentos, estaba recogido, con toda lógica, para que los clientes del café pudiesen tomar el sol… El poco sol de la tarde que iba muriendo.

Las casas tenían grandes soportales con columnas, todas pintadas de blanco. Había flores prácticamente en todos los balcones, y el ambiente, gracias al sol, parecía de primavera, no de invierno. Claro que a ello podía contribuir el hecho de que fuese sábado, día en que la plaza se llenaba de gente que conversaba, bebía vino, cerveza, *whisky* o café, y, algunos, terminaban la reunión con unas cuantas *pizzas* y más vino, con lo que se daban por cenados. De uno de los bares llegaba el chasquido de las fichas de dominó contra la mesa de mármol. En un lado de la plaza, unos chiquillos gritaban y corrían persiguiéndose. En la terraza del bonito toldo había música…

La verdad es que nadie hizo demasiado caso al coche. Eso sí, los hombres miraron con reluciente sonrisa a la despampanante rubia que se apeó de él, tras estacionarlo en un lado de la plaza, en la cual había más coches, casi todos con matrícula de Nápoles. Pero la rubia despampanante vio, muy pronto, los tres coches que estaban juntos delante de la gran casa restaurada, con fachada al centro de la casa. Uno de los coches tenía matrícula de Nápoles. Los otros dos, de Roma.

La rubia fue a sentarse a una mesa de la terraza del bar del bonito toldo, y el camarero trotó inmediatamente hacia ella, tras hacerles un guiño a sus parroquianos habituales.

Cuando se plantó ante ella, intentó adivinar qué iba a pedir la forastera. Tenía aspecto de pedir cosas que seguramente no tendrían…

—Café —dijo ella.

—¿A la italiana o a la americana? —se pasmó el hombre.

—¿Estamos en Italia?

—*Ma*… ¡Claro que estamos en Italia!

—Entonces, café a la italiana… ¿Usted conoce a los héroes de Napodimonte?

El camarero alzó las cejas en gesto de amable tolerancia.

—Todos los de Napodimonte conocemos a nuestros héroes, señorita. Ellos vienen aquí, desde entonces, con mucha frecuencia.

El gesto de Lili Connors fue una obra maestra de ingenuidad y alegría, de esperanza.

—¡No me diga que los héroes podrían coincidir aquí, conmigo!

El camarero señaló hacia los dos coches de Roma y el de Nápoles.

—Esta semana han venido tres. Esos son sus coches. Y esa es la casa que compraron entre todos, después de terminada la guerra… El Ayuntamiento casi se la regaló, y todos los vecinos les ayudamos a reconstruirla cuando vimos que ellos tenían esa intención, y que habían empezado por su cuenta… ¿Siente usted interés por ellos?

—Pues… si. Bueno, soy periodista, y casualmente, repasando en una biblioteca la historia de Nápoles durante la guerra, leí eso de los héroes… ¿Cree que me recibirían?

—¿Por qué no? Son hombres como nosotros… ahora. Pero si va a verlos no les llame héroes. No les gusta.

—¡Oh!; me gustaría saber cosas sobre ellos…

—¿Pero quiere su café o no?

—Si… Sí, claro.

El camarero se retiró. De pasada hacia el interior del bar, se inclinó hacia tres hombres que compartían una mesa, y que, desde luego, no quitaban ojo a la sensacional rubia. Cuando el camarero siguió hacia el interior del bar, los tres hombres se pusieron en pie, y se acercaron a la mesa de Lili, llevando cada uno su silla.

—¿Quiere usted saber cosas sobre nuestros héroes, señorita?

—Sí, sí… ¡Oh, sí! Por favor, siéntense. ¿Me permiten que les invite a café?

—Pues si no le importa —sonrió uno de ellos—, preferiríamos una botella de buen vino.

La forastera se quedó mirando sorprendidísima al hombre.

—¿Y si yo pidiese vino también?

—Lo pasaría mejor que con el café.

Los tres hombres se echaron a reír cuando Lili Connors lo hizo en primer lugar. Estaban como fascinados. Ciertamente, Napodimonte recibía muchos turistas, especialmente durante el verano, pero hay turistas y turistas. Los napodimonteses los habían visto de todas formas y colores, pero ninguno que les cayese tan simpático. Y por supuesto, la belleza de la muchacha americana que hablaba el italiano prácticamente como si hubiese nacido en Roma, no tenía ni había tenido igual en toda la historia de Napodimonte…

Hacia las seis y media, ya de noche, el grupo alrededor de la mesa de la forastera había engrosado considerablemente…, y las reservas del buen vino del bar habían disminuido no menos considerablemente, porque, además de guapa y simpática, la señorita americana era inteligente y generosa. Y naturalmente, con una señorita así, había que corresponder, de modo que todos hacían lo posible por contestar del mejor modo a sus preguntas, hasta que, finalmente, en medio del griterío de los apasionados napodimonteses, casi napolitanos, la señorita Connors alzó una mano, pidiendo silencio.

—¿Saben qué les digo? ¡Que voy ahora mismo a visitar a los héroes de Napodimonte!

—No les diga eso —insistió una voz—… No les gusta.

—¿Y los periodistas? ¿Les gustan?

—Bueno… Hace mucho tiempo que ningún periodista se interesa por ellos. Lo que pasó, pasó hace mucho tiempo. Los de aquí no lo hemos olvidado, porque los que no lo vivimos, lo hemos oído miles de veces a nuestros padres y abuelos; pero para el resto del mundo, después de tantos años… Comprenda…

La señorita Connors quedó como decepcionada.

—Sí —admitió—. Realmente, no es una historia muy actual, y me pregunto si a mi editor le interesaría. Pero… eso no tiene nada que ver para que yo conozca a esos caballeros, ¿verdad? Está decidido: voy a visitarlos. Tenía un poco de recelo, pero después de lo que me han contado de ellos…

—Puede estar segura de que la recibirán bien.

—No hay más que hablar. Sigan, sigan bebiendo vino: le pasaremos la factura a mi editor.

Dejando tras ella al riente grupo de napodimonteses, Lili Connors se dirigió hacia la casa de los héroes de Napodimonte, en la que no se veía luz alguna. Entre esto, y las varias veces que llamó sin obtener respuesta, Lili Connors comenzó a pensar que los héroes no estaban allí. Quizá habían salido sin ser vistos, a dar un paseo… Las risas llegaban desde la terraza, y se oía, incluso, el sonido de vasos y botellas a pesar de la música. Inmóvil en el gran porche sostenido por blancas columnas, la espía internacional comenzó a preocuparse. Si no había nadie en la casa…, ¿dónde estaban los héroes? Los coches sí estaban allí, de modo que…

Una luz se encendió dentro, recortando las dos ventanas de junto a la solidísima puerta reforzada con flejes de hierro y gruesos remaches. A los pocos segundos, esa puerta se abrió, y un hombre apareció en el quicio, mirando con amable sonrisa inquisitiva a la espía.

—Perdone que haya tardado tanto —se disculpó—… Estábamos haciendo un inventario de la bodega, y nos hallábamos rodeados de botellas de vino… ¿Puedo servirla en algo, señorita?

—Me gustaría hacerles, a usted y a sus amigos, una entrevista digamos… íntima, señor. Soy periodista. Lo que sucedió hace treint…

—¡Oh, no! —gimió el hombre—… ¡Por la *Madonna*, no! ¡Han pasado treinta años de aquello, señorita! Y dudo mucho que su entrevista pudiese aportar nada nuevo a la historia ni a la escasa curiosidad de algunas personas.

—¿No quieren recibirme?

—Eso es otra cosa… Pase, por favor. Y permítame presentarme: Giulio Fornato, a sus pies.

—Muchas gracias —rió ella, tendiendo su manita—… Yo soy Lili Connors. Americana.

—¡Americana! —exclamó Fornato—. ¡*Ma non é possibile…*!

—Bueno, señor Fornato… Malas lenguas aseguran que los romanos no son precisamente los que mejor hablan el italiano.

Giulio Fornato pareció desconcertarse. Luego, se echó a reír. Debía tener algo más de cincuenta años, era más bien bajo, ancho de hombros, fuerte. Tenía muy buen aspecto, casi elegante. Por supuesto, treinta años pueden cambiar mucho a una persona. En ese tiempo, un simple soldado harapiento puede convertirse en un

hombre elegante y de buenos modales, si las cosas les marchan bien.

—¡Usted lo ha dicho! —exclamó—. ¡Son malas lenguas! Venga, por favor: le presentaré a mis amigos. Aunque sólo somos tres…

—¿Tres? ¿No eran seis?

—Si —Fornato expresó una fugaz tristeza en su mirada—… Éramos seis, pero dos murieron ya hace algún tiempo. Lo que no consiguieron los aliados primero y los alemanes después, lo consiguió la enfermedad. Quedamos cuatro…, pero uno de ellos, Manfredo… Manfredo Posilipo, no ha venido esta vez. Y no lo entiendo —alzó las cejas—: la última vez que estuvimos aquí con nuestras esposas convinimos en venir tal día como hoy, para repasar la bodega y otros detalles de la casa. A nuestra edad —sonrió— estamos quizá pareciéndonos mucho a los maridos americanos: procuramos ayudar a nuestras mujeres en algunas cosas de la casa. Por otra parte —su sonrisa se amplió—, las mujeres nunca han entendido demasiado de vinos.

—Seguramente tiene usted razón…, pero el vino que he estado tomando en la plaza con sus vecinos me ha parecido muy bueno. ¿Estoy equivocada?

Giulio Fornato miró con creciente curiosidad a su hermosa visitante.

—No… Tenemos un buen vino aquí. ¿No le interesaría escribir un artículo sobre nuestros vinos? Seguramente, a sus lectores les interesaría, más que una vieja historia sin importancia.

—Es usted muy modesto, señor Fornato.

—¿Modesto? —el italiano encogió los hombros—. Bueno, si lo que sucedió entonces sucediese ahora, supongo que en cuanto ese a los alemanes no pararía de correr hasta llegar al Adriático. Todavía me pregunto qué me impulsó a quedarme al pie de aquella ametralladora…

—El valor, ¿no?

—Es usted muy gentil… ¿Valor? Llevo treinta años preguntándome qué es eso.

—Observo que también es muy sincero —rió la divina.

—No me sirve de nada. Muchas veces, tanto yo como mis compañeros hemos dicho que debimos estar locos en aquella ocasión. Y todo lo que hacen quienes nos escuchan es sonreír con

simpatía, como usted. Me gustaría ofrecerle algo —señaló hacia el interior del gran salón, lógico en aquella enorme casa—, pero quizá si ya ha bebido mucho vino…

—Puedo seguir bebiendo vino: tengo un estómago que lo soporta todo.

—El vino italiano no perjudica el estómago, pero pone alas en a cabeza. Eso es lo peligroso.

—¿Más que quinientos alemanes?

—Mis amigos siguen haciendo clasificaciones, abajo. Si me disculpa un minuto, iré a buscarlos…, y aprovecharé para subir una botella del mejor vino que habrá bebido en su vida. Con permiso…

Fornato desapareció por la puerta del fondo, y Lili se plantó en el centro de la gran estancia, mirando alrededor. Una casa sólida, ciertamente. Prácticamente, toda ella de piedra. Se la imaginó mutilada por las bombas, e intentó encontrar las partes donde había sido reconstruida. Pero de eso hacia quizá veinticinco años, o más, y en aquel tiempo, todo había vuelto a adquirir un cierto tono de venerable vejez…

Los muebles eran de calidad, grandes. Había grandes cortinajes en las ventanas, y buenas alfombras. Los cuadros también eran de calidad…

Ecco —oyó—… *La giornalista americana, signorina Connors*.

Capítulo VIII

Se volvió hacia la puerta del fondo, sonriendo.

—Stefano Vitelli, Marco Gardone —presentó respectivamente Fornato—… La señorita Connors.

Lili se acercó a ellos, sonriendo, tendiendo la mano. Los dos italianos vacilaron un instante, antes de aceptarla.

—Perdone —sonrió Gardone—… Tenemos las manos un poco sucias por el polvo de las botellas…

—No hay mejor garantía para una botella de vino que una buena capa de polvo sobre ella —sonrió más ampliamente Lili—. Es un verdadero placer conocerles.

—El placer es nuestro —Vitelli miró a Fornato—… Tienes razón, habla muy bien el italiano. ¿Quizá reside usted en Italia, señorita Connors?

—Pues no… Pero hace diez años que aprendí el italiano, y no he dejado de practicarlo y estudiarlo más a fondo desde entonces… ¡Ah, señor Fornato!: veo que ha subido una botella de vino, en efecto. Gracias. Me temo que he venido a interrumpirles.

—No, no… Mañana es domingo, y tenemos todo el día para terminar nuestro cometido aquí. Nos gustaría invitarla a cenar, pero tememos mucho que nuestra despensa…

—¡Oh, no se preocupen! He hecho unos cuantos amigos en la plaza, y me están esperando para comer unas *pizzas*. Ellos me han asegurado que ustedes eran personas muy cordiales y atentas, pero no esperaba que lo fuesen tanto… De todos modos, por esta noche, no me desagrada la perspectiva de cenar unas *pizzas* napolitanas que deben estar preparándome.

—Es una cena un poco pesada —dijo Vitelli.

—La señorita Connors —se acercó Fornato con la botella y unos vasos— asegura tener un estómago capaz de soportarlo todo.

—Pues es digna de envidia —sonrió Gardone—… Nosotros también lo soportábamos todo hace años… Muchos años.

—Se percibe la nostalgia en sus palabras, señor Gardone.

—Si… Es cierto.

—¿Nostalgia de la guerra?

—¡No! ¡Cielo Santo, no! Aquello fue horrible…

—Vamos, vamos…

—La señorita Connors —intervino de nuevo Fornato, mientras descorchaba la botella— es, también, una de las personas convencidas de que somos unos héroes.

—¿Y no es cierto? —se sorprendió ella.

—Bueno… Parece que lo que hicimos fue considerado como una heroicidad. En realidad, teníamos más miedo que nadie, pero… alguien tenía que contener a los alemanes un rato, mientras los demás llegaban a las montañas. En las montañas, nadie puede enfrentarse a los napodimonteses. Digamos que aquello fue una heroicidad… a medias, fruto de las circunstancias. ¿Por qué nadie quiere creernos?

—Un acto heroico es siempre un acto heroico. Gracias —sonrió, tomando el vaso de vino que le tendía Fornato; miró el vaso al trasluz—… Tiene buen color… y magnifico aroma.

Fornato llenó su vaso en último lugar, y lo alzó.

—Podríamos brindar por…

—Por James Mattews, por ejemplo —dijo Lili Connors.

—¿He dicho algo improcedente? —murmuró.

—No —jadeó tras algunos segundos Vitelli—… Es… es que no… no conocemos a ese… a esa persona…

—Pero si conocen a Manfredo Posilipo, ¿verdad?

—Si… Sí, claro…

—Claro —apoyó Gardone—. Manfredo es nuestro am…

—*Era* su amigo —cortó Lili—: ahora está muerto. Y también su esposa.

—No… No, no…

—Es de esperar que la policía los encontrará muy pronto, posiblemente el lunes o el martes, cuando los porteros del edificio donde viven comiencen a preocuparse por su larga ausencia sin avisar. Mientras tanto, Manfredo Posilipo y su mujer están muertos, torturados, en el dormitorio de su piso en Via Foria. En cuanto a

James Mattews, era un amigo mío que, al parecer, tuvo cierto contacto con Manfredo Posilipo, el cual le habló de los héroes de Napodimonte.

—¿Le… le habló? ¿Qué le dijo?

—Nada. Sólo tuvieron tiempo de citarse…, y antes de cumplimentar la cita, ambos fueron asesinados. ¿No lo sabían?

—Claro que no —Fornato se dejó caer en un sillón.

—Bueno, pues ya lo saben ahora. Y quizá haya llegado el momento de aclarar esto.

—Aclarar…, ¿qué?

—Ustedes sabrán. Yo he venido a preguntar, no a contestar. Y tengo la impresión de que ustedes conocen todas las respuestas. ¿Es así?

—No sé —susurró Gardone—… ¿Usted no es de la Policía?

—Claro que no. Ya les he dicho que soy periodista, amiga de James Mattews. Sólo eso.

—Nosotros… no tenemos intención de que lo que está ocurriendo sea publicado, señorita Connors.

—Está bien. ¿Y si yo les dijese que no soy periodista, y que no voy a publicar lo que ustedes me digan?

—¡Oh, los periodistas…!

—Insisto en que realmente no soy periodista. Puedo perfectamente guardar cualquier secreto…, si realmente conviene que sea guardado.

—Quizá eso ya no sea posible… Usted habrá conversado con otras personas sobre esto, y aunque fuese capaz de mostrarse discreta, los demás…

—Señor Gardone, yo no he hablado de esto con nadie. Para todo el mundo, estoy en Napodimonte como una… diversión. Una periodista con tan poca imaginación que tiene que recurrir a hechos históricos para poder escribir el artículo de la semana. Si yo me voy de aquí, con una simple entrevista rutinaria con ustedes, nadie se sorprenderá, ni me hará preguntas sobre otros… asuntos.

—Pero usted…, ¿cómo sabe todo esto?

—James Mattews era amigo mío. Me llamó por teléfono hace unos días, y me dijo que no podríamos vernos para cenar, porque tenía una cita muy importante, con un tal señor Manfredo Posilipo —por supuesto la divina espía mentía con toda naturalidad—. Me

pareció que James estaba… excitado, muy interesado, y le pregunté de qué se trataba. Al principio, se negó a decírmelo. Luego mencionó a los héroes de Napodimonte, y dijo que el tal señor Posilipo era uno de ellos, que quería hacerle unas declaraciones importantes y sorprendentes. Bien… Aquella misma tarde, mataron a James, en los Jardines Botánicos. Lo primero que pensé, fue decirles a la Policía lo que habíamos hablado James y yo, pero luego, decidir ir a ver al señor Posilipo, considerando que James estaba muerto y que quizá yo tenía ante mí el reportaje que podía lanzarme a la fama… ¿Les parezco… fría y egoísta?

—Un poco —susurró Vitelli.

—Quizá lo sea —admitió ella—… Pero, si bien últimamente tengo que dedicarme a otras cosas porque no parezco muy afortunada en el periodismo, esto es lo que me gustaría hacer exclusivamente. ¿Por qué perder mi oportunidad, si, de todos modos, nada podía hacer por James? Así que busqué en la guía telefónica el nombre del señor Manfredo Posilipo: 118, Via Foria…, que precisamente, está muy cerca de los Jardines Botánicos, motivo que supongo impulsó al señor Posilipo a concertar la cita en ese lugar. Fui un día a ver al señor Posilipo. No estaba en casa, al parecer. El segundo día tampoco. El tercer día, fui con una ganzúa, y entré. Cuando vi los muertos, me convencí definitivamente de que allí había un gran reportaje periodístico. Salí del piso, y bajé a hablar con los porteros, como si nada hubiese ocurrido. Por ellos, supe que muchos fines de semana, los Posilipo venían a Napodimonte, y… aquí me tienen.

—Si tanto ambiciona ser una periodista famosa, debemos pensar que se apresuraría a publicar nuestras explicaciones.

—También podemos considerarlo desde otro punto de vista: quizá si yo tuviese dinero suficiente para no tener que trabajar en otras cosas, podría perfeccionarme en el periodismo. Jamás publicaría ese reportaje, pero… me habría servido de algo, ¿no creen?

—¿Está proponiéndonos un chantaje? —exclamó Vitelli.

—¿Acaso han hecho ustedes algo por lo que puedan ser chantajeados?

—No —negó Fornato—… Pero nosotros no queremos que se sepa… la verdad.

—No vamos a poder evitarlo —dijo agudamente Vitelli.

—Quizá si —insistió Fornato—... Podríamos llegar a un acuerdo con la señorita Connors.

—¿Qué clase de acuerdo? —entornó los ojos, Gardone.

—Podríamos... darle algo de dinero para que ella, simplemente, no hiciese más preguntas a nadie, y olvidase lo que sabe.

—¡Tonterías! —negó Gardone—. Ella nunca...

—No vamos a discutir ahora, delante de ella... La están esperando en la plaza, para cenar unas *pizzas*. Se me ocurre que... Señorita Connors: ¿aceptaría usted que nosotros discutiéramos el asunto a solas, mientras usted cena?

—No veo inconveniente.

—Bien... Veamos... Tenemos que hacer las cosas bien, con discreción. Nosotros vamos a estudiar una proposición que sea del agrado de usted, y que... permita que las cosas sigan como hasta ahora. No queremos más complicaciones. Veamos, veamos... Si usted va a cenar, y luego vuelve aquí, se preguntarán por qué no se ha quedado a cenar con nosotros, simplemente. Eso sorprendería a los del pueblo, pues saben que nosotros somos hospitalarios.

—Puedo decir que su despensa...

—No, no, no... Nada de explicaciones a nadie. Además, quiero que usted dé la impresión de que ya tiene los datos que quería, que en el fondo, no los considera importantes..., y que ha decidido regresar esta misma noche a Nápoles. Ha venido en coche, claro.

—Sí, si.

—Bueno... Vaya a cenar, compórtese normalmente, diga a todos que hemos sido simpáticos con usted, pero que no hemos querido hablar demasiado de nuestro acto heroico de hace treinta años. En fin, cuando lo considere oportuno, emprenda el regreso a Nápoles. Pero, cuando esté a medio kilómetro de aquí, detiene el coche. Hay un desvío a la izquierda. Deje el coche allí, bajo unas higueras, y regrese a pie. Detrás de la casa hay un patio con una puertecita que...

—Pero..., ¿por qué todo esto?

—Por favor —casi gimió Fornato—... ¡Por favor, hágalo así! Se lo pedimos en nombre de todos... de todos los héroes de Napodimonte. Se lo suplicamos, señorita Connors. ¡En bien de todos, se lo suplicamos!

—Está bien… Su angustia merece mis respetos, señor Fornato. Estoy segura de que me dará una explicación satisfactoria para que yo no haga más preguntas por ahí sobre ustedes, ni diga lo que sé.

—Se lo juro —Fornato cruzó los dedos ante su boca, y los besó—… ¡Se lo juro, señorita Connors!

Capítulo IX

Hacía verdadero frío. De las cercanas montañas llegaba una racha de vientecillo francamente helado. Pero como no todo es malo, ese mismo aire mantenía despejado el cielo sobre Napodimonte. Un cielo saturado de grandes estrellas que parecían titilar como si de verdad fuesen lucecitas que alguien manejaba…

Arrebujada en su abrigo, Lili Connors llegó, finalmente, ante la puertecilla que había en el muro del patio de atrás de la casa. Eran más de las once de la noche, y, especialmente por aquella parte, no era probable que viese a nadie. El silencio era total en el pueblo. No se veían más luces que las de la iluminación pública, formando una pequeña cúpula dorada sobre Napodimonte.

Lili acercó su boca a la juntura de la pequeña puerta del patio de atrás.

—Señor Fornato —susurró—… ¡Señor Fornato, soy…!

La puerta se abrió, y se oyó el susurro de Giulio Fornato:

—Pase, deprisa.

Lili entró en el patio. Fornato cerró la puerta. Se oyó el girar de la cerradura, y a Lili le pareció que incluso oyó el chocar de los dientes del italiano; cosa nada sorprendente, si la había estado esperando allí fuera mucho rato.

—¿Llego demasiado tarde? —preguntó.

—No, no… Es una hora excelente… ¡Vamos adentro, hace un frío terrible!

Cruzaron el patio, y entraron en la casa por la puerta de atrás de la cocina. En ésta había otra puerta, que Fornato abrió, señalando hacia abajo.

—Bajemos a la bodega. No queremos encender luces a estas horas: alguien podría verlas desde fuera.

—Sí, es cierto…

La agente Baby cruzó el umbral. Había un pequeño descansillo,

y luego un tramo de escalones de piedra que descendían. Abajo había luz eléctrica, de modo que pudo ver a Gardone y a Vitelli al pie de los escalones, mirándola. Más allá, muchas estanterías con botellas, toneles, cajas…

—¿La ha visto alguien? —preguntó Vitelli.

—Claro que no, dejen de preocuparse. Nadie…

Recibió el golpe en los riñones, con tal fuerza, que saltó hacia delante…, y hacia abajo, todavía resonando es sus oídos el jadeo de Giulio Fornato al realizar el esfuerzo del golpe. Manoteó en el aire, consiguió caer de pie algunos escalones más abajo, bajó tres o cuatro trompicando…, y el resto del tramo lo recorrió rodando, golpeándose en la cabeza, en la espalda, en los hombros… Cuando llegó abajo, fue puesta en pie rudamente por Vittelli y Gardone, mientras éste último exigía, con voz aguda:

—¡Terminemos cuanto antes!

Realmente, el golpe había aturdido un poco a Lili, que sacudió la cabeza. Para cuando estaba totalmente recuperada, Vittelli y Gardone la habían llevado ya detrás de una de las estanterías y Fornato aparecía ante ella, demudado el rostro…

Pero todo esto perdió inmediatamente importancia para Brigitte Montfort cuando, al vislumbrar el hueco ante ella, bajó la mirada. Inmediatamente, quedó incluso más pálida y demudada que los tres italianos. Pero fue sólo un instante… Acto seguido, musitó:

—Lo sabía… ¡Lo sabía!

—¿Qué es lo que sabía usted? —chilló Gardone—. ¡¿Qué es lo que sabía?!

Ante los pies de Brigitte se abría lo que parecía… y era una fosa de buen tamaño… Una tumba de gran tamaño. Dentro de ella, todavía mezclados con tierra roja, se veían huesos de cuerpos humanos. Dos de ellos eran facilísimos de identificar: cráneos…

Cráneos sucios, con los huesos llenos de tierra… Algunos de los huesos todavía estaban como… forrados por jirones de tela podrida, de un color que ya no podía ser definido…

—¿Son ellos? —preguntó, con voz serena.

—¿Quiénes? —aulló Gardone—. ¡¿Quiénes son?!

—Los oficiales… Los oficiales que, según la historia, huyeron de Napodimonte dejando solos a seis soldados y a trescientas personas entre niños, ancianos y mujeres… El coronel Ludovico Gozzoli, el

Mayor Giovenale Brancacci, los tenientes Paolo Signorelli y Luigi Vignola… ¿Son ellos?

Ante ella, el demudado, tembloroso Giulio Fornato, sacó un enorme cuchillo de cocina, y gritó:

—¡Sí, sí, sí, son ellos…! ¡Son ellos! ¡Y usted también va a morir!

—¿De modo que los mataron? —pareció ignorar Lili la furibunda amenaza—. Los mataron a los cuatro, y dijeron que habían huido por el patio, hacia las montañas… Luego, cuando dos de ustedes se llevaron a la gente del pueblo hacia las montañas, los otros cuatro se quedaron aquí, y mientras los alemanes, después de recibir unos cuantos morterazos perdían el tiempo estudiando la situación…, o quizá antes, mientras se aproximaban a Napodimonte, ustedes…, los cuatro que se quedaron en la casa, bajaron los cadáveres a la bodega, y los enterraron… ¡Enterraron a los verdaderos héroes de Napodimonte!

—¡Eran unos malditos…, unos malditos locos!

—Si… Algo debían tener de locos, cuando decidieron quedarse en Napodimonte, sosteniendo la posición hasta que llegasen los Aliados, de cuya parte estaban entonces… Algo debían tener de locos…, y de auténticos héroes. Fueron ellos los que dijeron de quedarse en esta posición, para ofrecerla a los Aliados… Y fueron ustedes, los seis soldados, los que quisieron huir. Pero si huían dejando vivos a los oficiales, y éstos salvaban sus vidas, aunque sólo fuese uno de ellos, dirían que ustedes, los seis, habían huido. Así que decidieron matarlos, y huir tras representar una comedia que engañó a todo el pueblo. Los mataron, fueron a ver si los alemanes estaban cerca, y calcularon que tenían tiempo de enterrar a estos cuatro oficiales, y los otros dos se llevaron a la gente hacia las montañas, para que nadie viniese a la casa, para que nadie viese nada. Y cuando los hubieron enterrado huyeron, lo cual era lo que habían deseado en todo momento… Tiempo después, compraron esta casa…, mejor dicho, creo que se la obsequiaron a los… héroes de Napodimonte. Ustedes querían tenerla para que nadie pudiese jamás cavar en la bodega por cualquier motivo y encontrar los cadáveres… ¡Y han estado casi treinta años viniendo aquí, a la tumba de los héroes que ustedes mismos asesinaron! Por el amor de Dios… ¡Por el amor de Dios!

—Mátala —jadeó Vitelli—… ¡Mátala de una vez!

—Espera —dijo Gardone—… Tenemos que saber si le ha contado algo a alguien, para matarlo también… ¡Tenemos que saberlo!

—Ya no podrán escapar —miró Lili a Gardone, sin molestarse en intentar siquiera soltar sus brazos—… Ya no podrán escapar jamás, ni siquiera de ustedes mismos. ¡Dios bendito, no les envidio la vida que han llevado durante estos treinta años…! Y finalmente, el gran susto, cuando Manfredo Posilipo les dijo que no podía más, que iba a contar la verdad… ¿No fue así?

—Si… ¡Sí! —aulló Fornato—. ¡El muy estúpido quería hacer eso, quería hablar con el periodista americano James Mattews, y contárselo todo! Quería… quería que se hiciese… justicia. Dijo que diría la verdad sobre los oficiales, que no era justo que la historia los condenase por cobardes, cuando los cobardes habíamos sido nosotros, y ellos sólo las víctimas de su valor… ¡Quería contárselo todo a Mattews, y cuando lo supimos…!

—¿Cuándo lo supieron? ¿Quiere decir que no se lo dijo él mismo a ustedes?

—No. Fue su esposa… Ella nos llamó a Roma, dijo que Manfredo se había vuelto loco, que quería contar a un periodista americano la historia que le había contado a ella hacía años. Esa fue otra imprudencia de Manfredo, pero nos salvó a nosotros… Él no podía ya callar por más tiempo. Primero, se desahogó con su mujer, contándoselo todo. Luego, quiso contárselo a Mattews, finalmente…

—Y su esposa los avisó a ustedes, se opuso… ¿Por qué?

—¿Por qué? ¡Si Manfredo explicaba lo que realmente ocurrió, la vida terminaría para ellos! Todo terminaría… Quedarían arruinados, sin amigos, sin recursos de ninguna clase… Durante muchos años, María había vivido tan bien, que no pudo soportar la idea de lo que iba a ocurrirle si Manfredo lo contaba todo. Nos llamó para que nosotros disuadiéramos a Manfredo de que explicase la verdad…

—Y ustedes, contrataron a la *Ammazzare* para que matase a los tres: a los Posilipo y a Mattews.

—¿Cómo lo sabe? —chilló Fornato—. ¿Cómo sabe usted eso?

—Primero, pensé que los cuatro oficiales podían estar vivos, y que se estaban vengando. Una venganza absurdamente vieja. Pero me aferraba a esa idea. Luego, cuando encontré muertos a los

Posilipo, comencé a vacilar… Si se trataba de una venganza de los cuatro oficiales, no tenía sentido que Manfredo Posilipo les hubiese puesto al corriente de sus intenciones de decir la verdad, y que, teniendo en perspectiva este triunfo público, los cuatro oficiales matasen al hombre que los iba a reivindicar. Luego, estaban esos treinta y un años. Absurdo. Nadie espera ese tiempo para vengarse, por napolitano que sea. No, no eran los cuatro oficiales. ¿Quién quedaba? También pensé que era un asunto de espionaje, pero no… Tampoco fue esto, porque al entrar en… contacto con los hombres de la *Ammazzare* comprendí que éstos no sabían nada especial con respecto a Mattews. Ni siquiera sabían que existieron unos héroes de Napodimonte. Mataban a las personas que les indicaban, y en paz. Sus tarifas eran muy caras, así que hacía falta tener dinero para pagarlas. ¿Los cuatro oficiales? No. No, porque, aún suponiendo que estuviesen vivos, su suerte en la vida habría sido muy diferente a la de ustedes: no tendrían dinero, habrían pasado treinta años miserables, escondiéndose… No. Ni los héroes, ni los rusos… ¿Quién? ¿Quién podría tener *algún motivo* para no desear que Manfredo Posilipo hablase con un periodista americano de los héroes de Napodimonte? ¿Quién?: los propios héroes de Napodimonte, que, por otra parte, eran los que más posibilidades tenían de conocer los proyectos de confesión de uno de ellos…, y no desear esa confesión. Así que vine aquí…, y cuando el señor Fornato me abrió, vi que todavía tenía manchas de tierra en los zapatos. No polvo de botellas de vino añejo, sino tierra fresca, húmeda. Y lo mismo ustedes, cuando subieron para beber conmigo… Hasta entonces, me había estado preguntando cuál era el secreto que guardaban los héroes de Napodimonte, y entonces… creo que lo… intuí. Así que acepté todo lo que me dijeron que hiciese…, porque sabía que ustedes estaban asustados, y habían venido aquí los tres solos esta vez para desenterrar de una vez los restos de los oficiales, meterlos en sus coches, y llevarlos a otro lugar…, por fin. Durante treinta años, no se habían atrevido a hacerlo, pero ahora… ahora había que hacerlo. Luego, habían colocado bien el piso de la bodega, y… todo habría quedado igual. De nuevo a vivir su falsa vida de héroes… Por Dios, ¿cómo pueden soportarlo? Se puede matar, pero hay cosas que… que son insoportables… De todos modos, ya no deben preocuparse: cuando

yo me vaya de Italia, las cosas estarán bien claras, la Historia mencionará a los héroes de Napodimonte por sus verdaderos nombres: Ludovico Gozzoli, Giovenale Brancacci, Luigi Vignola, Paolo Signorelli. Y ustedes… ustedes seis, pasarán a la historia como cobardes y asesinos.

—Usted no dirá nada… ¡Ni siquiera saldrá de Italia!

Gritando eso, Giulio Fornato alzó velozmente el cuchillo por encima de su hombro, dispuesto a descargar una tremenda puñalada en el pecho de Lili Connors…

Plop.

Giulio Fornato saltó hacia atrás, emitiendo un chillido brevísimo, y soltando el cuchillo al recibir la bala en el centro de la frente. Cayó de espaldas sobre los esqueletos, sobre los cráneos, sobre los restos de uniformes de auténticos héroes enterrados allí durante treinta y un años. Giulio Fornato, en fin, cayó muerto sobre los muertos…

Y simultáneamente, Lili Connors se desprendió con gran facilidad de las manos de Vittelli y Gardone… El primero intentó retenerla, pero una tremenda bofetada lo tiró de lado a la fosa, sobre el cadáver de Fornato. Gardone gritó, empujó a Lili, y echó a correr hacia la salida de la bodega…, hasta que, en lo alto del tramo de escalones de piedra, vio a los tres hombres, pistola en mano, uno de ellos todavía con el brazo extendido, apuntando hacia la fosa… Se quedó inmóvil, paralizado.

—¿Mato también a éste, Baby? —preguntó el que había disparado contra Fornato.

—No —oyó Gardone tras él—… A estos dos los quiero vivos, para que digan la verdad a Italia, al mundo. Pero antes, nos dirá cómo entrar en contacto con la *Ammazzare*. Mejor dicho, se lo dirá a ustedes. Estaban encargados de controlarlos, ¿no es así? Pues sigan haciéndolo. Yo me marcho.

—¿A casa?

—Todavía no, a casa. Estaré esperando noticias sobre la *Ammazzare*… Cuando la hayan localizado, me avisarán y yo dirigiré la operación de exterminio: no dejaremos ni uno solo vivo.

—Está bien… ¿Cómo enfocaremos esta… aclaración de la Historia? ¿Mencionaremos a la…? Bueno, a la Central, ya sabe…

—No. Estudiaremos el modo de que, para todo el mundo, el

descubrimiento de esta verdad sea el último éxito… el póstumo éxito de un periodista llamado James Mattews, americano.

—Pero estos hombres la mencionarán a usted…

—Mencionarán a una chica rubia que estuvo en Napodimonte, bebió unos vasos de vino, cenó un par de *pizzas* después de visitarlos brevemente, y se fue. Ellos mismos lo prepararon así, para poder matarme mientras los del pueblo creían que la señorita Connors había regresado a Nápoles.

—Pero si la llegasen a necesitar como testigo…

—No me encontrarían. Y, todo lo más, podrían pensar que la señorita Connors era cómplice de ellos, y que se había apresurado a esfumarse. Quizá, incluso una empleada de *Ammazzare* que vino a… cobrar, o a recibir nuevas instrucciones para más asesinatos.

—Pero entonces buscarán a los de la *Ammazzare…*

—Cuando los encuentren gracias a los informes de estos dos asesinos, nosotros ya habremos hecho una visita a la *Ammazzare…*, y no quedará nadie para desmentir lo que queramos decir.

—¡Ellos dirán la verdad! —señaló Simón a los dos *héroes* supervivientes.

—¿La verdad? —alzó las cejas Brigitte Montfort—. ¿Y quién va a creer, de aquí en adelante, nada de lo que digan estos hombres? La verdad será la que nosotros preparemos. Si ellos supieron hacerlo… ¿no vamos a saber preparar nosotros *nuestra* verdad? No olviden llamarme cuando haya que dirigir la operación… *Ammazzare*. Hasta entonces permaneceré en Nápoles.

Este es el final

—Entonces…, ¿lo hicieron? —musitó Guido Riccardi.

Sentada en una silla junto a la cama, recibiendo en la mejilla derecha el sol que entraba por la ventana de aquella habitación donde el agente soviético llevaba ya cuatro días, la rubia señorita Connors asintió con la cabeza.

—Si, lo hicimos.

—¿Eliminaron a toda la *Ammazzare*?

—Si.

—¿Y usted… está bien?

—Si —sonrió la divina.

—Me alegro.

—Yo también me alegro de que usted esté fuera de peligro. Guido. Pero no olvide que debe permanecer tres o cuatro días más en cama. Cuando yo me marche —la divina señaló la radio que acababa de poner en manos de Riccardi— puede usted llamar a sus amigos, y ellos terminarán de cuidarle debidamente.

—Supongo que le debo la vida a usted.

—Así es —sonrió Baby— pero me pregunto adónde habría ido a parar la bala que disparó Skarpo si usted no hubiese puesto su cuerpo delante.

—Seguramente a la pared.

—Seguramente. Bueno, creo que tiene de todo… Supongo que sus compañeros acudirán a toda prisa, así que no estará solo ni siquiera una hora… ¿Puedo hacer algo más por usted, Guido?

—Sí: dígame cómo localizar esa red que nos tiene locos hace tiempo… La que dirigía James Mattews.

—No habla en serio, ¿verdad? —rió Baby.

—¡Claro que hablo en serio!

—Por la simpatía que le tengo, Guido, no le diré cómo desarticular esa red.

—¡Me está tomando el pelo!

—No, no… Usted parecía un espía de categoría, de los buenos… No importa que esta vez haya tenido mala suerte. Lo cierto es que usted es un hombre eficaz, que respeta a los demás y ama su trabajo. ¿No es así?

—Bueno… Si, claro, más o menos…

—Entonces no debo decirle cómo encontrar esa red de la CIA en Centroeuropa y Rusia, porque a usted mismo le parecerá que la cosa no tendría gracia. ¿No es acaso mucho más emocionante seguir buscándola, trabajar, conseguir el éxito por sus propios medios, sin deberle nada a nadie?

—¡Oiga! —frunció el ceño, el ruso—: ¿pretende convencerme?

—¡Claro que sí! Y cuanto más lo piense, más me irá dando la razón. Bien…

Un hombre apareció en la puerta del dormitorio, y ambos lo miraron.

—Todas las disposiciones para que su paso por Nápoles resista cualquier investigación que quiera hacer la MVD han finalizado, Baby. Registro en un hotel, actividades varias, viaje finalmente hacia Roma… El helicóptero está en la playa, esperándola.

—Si, ya lo he oído, Simón. Gracias. Voy enseguida.

Se puso en pie…

—¿La volveré a ver? —susurró Guido Riccardi.

—¿Cómo saberlo, Guido? El mundo es muy grande, pero, a veces, resulta sorprendentemente pequeño. En cualquier lugar, cualquier día, podemos coincidir de nuevo… Y quizá en esa ocasión sea usted el que lleve la mejor parte.

—Lo dudo.

—No sea derrotista. De todos modos, conocerme a mí ya es todo un triunfo para cualquier agente secreto, ¿no le parece? —se dirigió hacia la puerta, de la cual se apartó el espía americano, para cederle el paso; se volvió, sonriendo con regocijada expresión de niña traviesa—… Por favor, Guido: cuando me describa a sus dibujantes de la MVD, sea tan amable de insistir en que soy realmente una chica encantadora… ¿Lo hará?

—Tendré que hacerlo. Además —gruñó el ruso—: a mí no me gusta mentir.

—Gracias —rió la divinísima—. ¡Y… *arrivederci*!

FIN

Notas

[1] En italiano, Ammazzare significa Matar. < <

[2] Inútil buscar en cualquier mapa el pueblo de Napodimonte cerca de Nápoles: no existe. (Nota del Editor). < <